



Ariadna Baker

DANIELA

Y SU DECISIÓN

TRILOGÍA "NO MÁS MENTIRAS" 3



Ariadna Baker

DANIELA

Y SU DECISIÓN

TRILOGÍA "NO MÁS MENTIRAS" 3

Ariadna Baker

DANIELA

Y SU DECISIÓN

TRILOGÍA "NO MÁS MENTIRAS" 3

Primera edición.

Daniela y su decisión. Trilogía “No más mentiras” n°3

©Ariadna Baker.

©Noviembre, 2021.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[RRSS](#)

Capítulo 1



Se te desgarran el alma y la vida por completo...

Y no tienes las fuerzas para gritar con rabia todo eso que sientes dentro de ti, aquello que duele, quema, te apaga.

Veinticuatro horas habían pasado desde que leí aquella carta, las peores de mi vida, cada vez me iba superando más en conseguir que todo aquello que me pasaba, fuera a peor... ¿Hasta dónde podía aguantar un corazón?

¿Qué mayor horror que saber que lo que más amaba se esfumaba y no sabías hacia dónde?

Su familia había recibido un mensaje de despedida y cuando lo llamaron, ya el teléfono estaba apagado, imagino que fue en el mismo momento que dejó la carta sobre la mesa.

Pensé de todo: un secuestro, unas amenazas, que se había ido con otra mujer y no tenía las agallas de decirlo a la cara, o había cometido un delito

y no quería que lo pillaran, incluso que le hubiesen detectado una enfermedad terminal y no quería que pasáramos ese sufrimiento.

No, no me iba a quedar de brazos cruzados, esto no se podía quedar así, además, le prometí que no volvería a desconfiar de él hasta escucharlo, pues ahora me tenía que dar las respuestas y lo iba a encontrar, aunque fuera debajo de las piedras.

Veinticuatro horas sin dormir, llorando, con la compañía de Marisa, que se había quedado conmigo, mis niños estaban en su casa con Manu.

—Si está enfermo, iré a estar con él sus últimos días, si está secuestrado, alguien pudo ver algo, si está en algún país, alguien lo debe de ver, esté dónde este —le di al botón de publicar —, lo voy a encontrar.

Marisa me miró afirmando entre lágrimas, otra que llevaba veinticuatro horas a lágrimas tendidas, pero a mi lado, como siempre, sin soltarme de la mano.

Lo publiqué en todas mis redes y, por supuesto, etiquetándolo a él, ese actor tan afamado en el mundo que cuando sus fieles seguidores leyeran el post con foto de él incluida, no iban a tardar en compartirlo y hacerlo llegar a todos los lugares del planeta.

“Es el padre de mis hijos, es la persona que más amamos. Está desaparecida y puede ser en cualquier circunstancia. Ayúdenme a encontrarlo, por favor”

Eso fue lo que acompañé con su foto. Sabía que no había mejor forma de conseguir algo que, con una legión detrás de gente compartiendo.

Ni cinco minutos había pasado y ya estaba compartido más de cien mil veces, y tres horas después, ya tenía dos agentes de policía en la puerta. Si hubiera ido yo, no me habrían hecho caso porque él, era mayor de edad y había pasado muy poco tiempo, pero las redes mueven al mundo.

—Soy el inspector Hugo, pertenezco a la zona de Cádiz, pero viendo la relevancia de este caso y de la persona de la que se trata, he pedido coger el caso —extendió su mano.

—Gracias.

—Él, es el agente David —me estrechó la mano.

—Hugo, sé que además eres uno de los autores de La Tribu —sonreí.

—Perdón, no quería entrarte en plan de... tenemos amigos en común, porque queda un poco feo —sonrió—. Fueron los chicos, Manu, Aitor y Marcos, quienes me pidieron que cogiera este caso —se me saltaron las lágrimas.

Les conté todo lo que fui notando los últimos días y con las personas que me dijo que estaba, además les entregué la carta que me había escrito, pero antes le tiré una foto. Quería tenerla.

El inspector Hugo era conocido mediáticamente, por haber contribuido a la liberación de una chica llamada “Laia” que estuvo en Marruecos bajo la

doctrina de su marido siendo maltratada en muchos sentidos. Además, la autora Ariadna Baker, una de las escritoras de La Tribu, hizo la trilogía “Cautiva”, la historia de esa mujer. Una emotiva trilogía donde los sentimientos no hacen más que estar a flor de piel.

Y no solo eso, después se vio envuelto en la desaparición de la personita que él más quería en el mundo. Así que, entre la presión mediática y el historial de Hugo, esperaba muy pronto tener respuestas a tantas preguntas.

Ahora me tenía que ayudar a mí y no sé por qué confiaba mucho en él.

Hugo se iba a quedar en Málaga durante unos días, esos que son los principales para cualquier investigación. Les ofrecí quedarse en mi casa y él, aceptó de inmediato. Su compañero regresó a Cádiz y desde allí estaría al tanto de todo, al igual que su equipo, que desde allí estarían trabajando en todo lo que él pidiera.

Se quedó en el rincón del salón donde escribía Ethan, comenzó a pedir informes de todo, además, había hablado hasta con él juez para poder acceder a cuentas y registros telefónicos. Así como pedir a las compañías aéreas que comprobara si había viajado en uno de sus vuelos.

Y eso hizo, pedir información de sus cuentas, yo no las tenía, así que no lo podía facilitar.

Me puse en un rincón del sofá con Marisa y miré el móvil, se había hecho viral lo de Ethan y los medios de comunicación ya hablaban sobre ello en todo el planeta, es más, había una avalancha de periodistas en la puerta de mi casa esperando a que saliera. Para salir estaba yo...

Preparé unos sándwiches para cenar, yo no tenía ni ganas, pero ellos debían comer, sobre todo, Hugo, ese hombre que daba paz a la casa pese a no parar de trabajar. Tenía algo que tranquilizaba, aunque fuera solo un poquito en medio de este Caos.

Esa noche se hizo viral una fotografía de Ethan en un vuelo, por la ropa era actual, decían que lo habían visto en un vuelo, Málaga-Roma.

Y sí, porque esa compañía aérea lo confirmó, lo que quedó claro es que, si había hecho escala, no fue con la misma. Así que teníamos que seguir esperando, o pensar que estaba en Roma ¿Y qué se la había perdido allí?

Llorar es lo único que me nacía, llorar y saber que algo muy grave estaba pasando para que él, se estuviera alejando por su propia voluntad y más, después de comprobar en la foto que de un secuestro no se trataba.

Capítulo 2



Era la segunda noche que había pasado sin Ethan y sin saber nada, excepto que cogió un vuelo a Roma.

Preparé el desayuno para Hugo y un café para mí. Marisa se había ido a echar un vistazo a los niños, por si necesitaba algo Manu.

Lo vi raro y me dijo algo que me dejó sin aliento.

—Han detenido a Irene para un interrogatorio...

—¿Irene? —Sentí una presión en el pecho.

—Sí, la ex de Ethan.

—Ya, ya ¿Y qué puede hacer alguien como ella?

—No lo sé, pero con peores cosas he lidiado...

—¿Qué está pasando Hugo?

—No lo sé, pero lo voy a averiguar como sea.

—¿Crees que ella puede tener alguna conexión con algo?

—No lo sé, de verdad, pero si la tiene, lo voy a saber.

—Tengo mucho miedo, Hugo —se me volvieron a saltar las lágrimas.

—Lo sé, una vez pasé por esto —me tocó el hombro como muestra de cariño.

—¿Crees que lo volveré a ver?

—No lo sé, no te voy a mentir, pero encontrarlo, lo encontraremos.

—Me da la sensación de que estás barajando la hipótesis de un asesinato — dije con miedo.

—No, a la vista que se fue en principio a Roma y no se le veía en una situación delicada... Pero algo me dice que aquí hay un trasfondo muy fuerte y lo averiguaré.

—Déjate la vida, Hugo. Te lo compensaré.

—Mi recompensa será traértelo de vuelta —me acarició la barbilla y se marchó.

Me senté en el sofá llorando, sentía un desconsuelo de esos que parecen que te van a llevar a desfallecer y no volver en conocimiento ¿Qué te estaba pasando, Ethan?

Marisa llegó a media mañana, me dijo que los niños estaban de lo más entretenidos con Manu, que no me preocupara por ellos. La verdad es que ese hombre era todo corazón y ponía su alma en ayudar a los demás.

—Me voy a volver loca, no dejo de vomitar de los nervios.

—No estarás preñada, ¿verdad?

—No, no, creo que no, por Dios, lo que me faltaba —negué con las manos en la cara y llorando de tristeza.

—Bueno, cariño, seguro que pronto aparecerá.

—No lo sé, pero me da mucha tristeza no saber que le está pasando y no poderlo ayudar.

Hugo llegó a la hora de la comida diciendo que lo único que tenía Irene, era un pavo encima que no podía con él. Descartada de la investigación.

Pava desde luego que era...

Fue a las cinco de la tarde cuando un nuevo giro se dio en el caso, saltó en todas las noticias y se hizo viral.

Un video de él, con su mano echada sobre el hombro de una joven desconocida y abordando un vuelo hacia Canadá, concretamente a Ottawa.

Esto no me estaba gustando nada, absolutamente nada y pintaba que se había ido con otra.

—No se lo ve que esté en una situación de amenaza —murmuró Hugo, por no decir que se le veía de lo más cariñoso con esa tipa y que estos dos se iban lejos para vivir la aventura de su vida.

Esos días en los que dijo que iba al asesor, se supo que era mentira, ya estaba más que confirmado y este estaba con esa mujer liado hasta que prepararon lo que sería, su fuga perfecta.

Rabia, dolor, tristeza y por otra parte la necesidad de no para aquí y saberlo de su boda. No parar hasta hablar con él.

Hugo no dejaba el caso, pero sí se iba para Cádiz y trabajaría desde allí. Esto estaba tomando otro cariz y por la distancia a la que se encontraba Ethan, no era necesario que Hugo estuviera trabajando sobre el terreno.

Esa noche me costó mucho conciliar el sueño, me encontraba mal, leer las redes dolían, todo el mundo hablaba del nuevo romance de Ethan y que se iban de vacaciones o a vivir a Canadá dejando a su familia atrás.

Fue a la mañana siguiente cuando vimos en la tele la imagen de él, en el aeropuerto canadiense dónde le abordaron los periodistas cuando salía

llevando en una mano su maleta y la otra, agarrando la de ella, que a su vez llevaba otra.

—Ethan, ¿es cierto que has abandonado a tu familia para comenzar una nueva vida con esta chica? —preguntó una de las periodistas.

—Con mi prometida, por favor... —hizo ese inciso, que me erizó la piel y me dejó con la boca abierta.

—¿Por qué te busca la madre de tus hijos como si estuviera desaparecido?

—Nunca creas nada de lo que veas —sonrió, mirando a la cámara—. Es muy fácil buscar por buscar —se metió en el taxi.

Nunca creas nada de lo que veas... Esa frase me la dijo mil veces.

—Qué hijo de puta... —murmuró Marisa.

—No, no lo es, esa frase la dijo para mí, es un mensaje... —dije entre lágrimas y llamé corriendo a Hugo.

Marisa se quedó boquiabierta.

—Hugo, eso que dice de “nunca creas nada de lo que veas”, es un mensaje para mí, para que no me crea nada de lo que está pasando, esto lo hemos hablado mil veces y es algo muy fuerte para nosotros. Le está pasando algo.

—Lo sé... Estoy a punto de abordar un vuelo para Canadá. Lo llevamos preparando desde anoche. Hemos descubierto algunas cosas que no te puedo decir por proteger el caso y a él, pero confía en nosotros. Además, en Canadá están dispuestos a ayudarnos. Y va Andrew, creo que sabes quién es. El de la historia de Laia, el inspector escocés.

—Sí, sí.

—Ya abordó un vuelo para Canadá, nos va a ayudar.

—Gracias, Hugo. Mantenme informada de todo —dije emocionada, entre lágrimas.

Ese día fue de nervios total, además, no se supo nada más de Ethan, ni fue visto por ninguna parte. De lo contrario, habría salido en las redes.

Capítulo 3



Por la mañana vino Manu con los niños a verme un rato, se lo pedí, necesitaba abrazarlos muy fuerte y decirles cuánto los quería. Se los volvió a llevar una hora después, mi casa parecía un funeral y no era ambiente en estos momentos para los niños.

Los padres de Ethan me llamaban continuamente, lloraban, decían que ese no era su hijo, que él jamás habría abandonado a su familia, que estaba coaccionado. Yo también lo pensaba, sobre todo, después de aquella frase.

Conociendo a Ethan, si fuese verdad que estaba rehaciendo su vida, no lo hubiera hecho y menos sabiendo que con eso me incitaría a querer saber la verdad.

Hugo me llamó esa noche y me dijo que estaban en el camino correcto, que, con suerte, muy pronto tendría noticias. Pero no me dijo nada en claro, solo fue un intento de tranquilizarme, pero con la verdad, si dijo eso era porque algo veía positivo.

Los tres días siguiente fueron de silencio total, era desgarrador, no tenía ni la más mínima noticia, Hugo cada día me repetía lo del camino correcto y ya, los medios sin embargo especulaban con esa idílica nueva relación de Ethan, al que aún no le habían puesto nombre a ella.

Si no fuera porque Hugo me lo pidió muy seriamente y porque Marisa me frenaba, yo ya estaría en Canadá, pero algo me decía que no podía hacerlo, que tenía que dejar a los inspectores trabajar sobre el caso y que yo podía hacer mucho daño con cualquier acción.

Ese día me bajó hasta el periodo, lo que yo decía, esos vómitos eran por los nervios, que los tenía en el estómago metidos y me estaban matando.

Encendí la tele y las dos hicimos lo mismo con aquel titular.

“Extorsión, amenazas y por último la culminación de su posterior secuestro en Canadá.

Detenidos cuatro hombres, todos de origen croata, afincados en Ottawa y una chica, la que salía en el video con Ethan, esa que se vio en las imágenes donde él, la llevaba del hombro.

La policía está intentando dar con el actor, se sabe que está retenido en cualquier parte del país. Están sometiendo a interrogatorio a los detenidos para que hablen y poder dar cuanto antes con el paradero del actor.

En esta investigación, tuvieron la suerte de contar con el inspector Andrew, llegado desde Escocia y experto en estos temas. Reconocido por ser el que dirigió las liberaciones de Laia, la chica retenida en Marruecos por su

esposo. Como esa vez, en esta ocasión le acompaña el inspector español Hugo, que fue el que le pidió a Andrew que le ayudara con el caso.

Como os decía, Andrew, tuvo claro desde el primer momento de llegar a Canadá, por donde tirar y comenzó a dirigir la investigación, consiguiendo dar en principio, con los máximos responsables de esta trama.

Las redes sociales se están llenado de post que piden la liberación de su actor favorito. Realmente, el mundo entero se está volcando con esto”

—No me lo puedo creer, estaba siendo víctima de una extorsión y no me lo había dicho.

—Claramente no os quiso poner en riesgo.

—Yo me piro para Canadá, quiero estar cerca de él, cuando lo liberen. Ya de nada vale quedarme aquí, se sabe como está, se sabe que lo están buscando y... ¡me piro!

—No, no, espérate...

—¡Qué no, joder! —Me levanté y fui a la habitación mientras llamaba a una oficina de vuelos y gestionaba irme ahora mismo fuese vía el país que fuese.

Preparé una maleta pequeña, me duché, vestí y ella me llevó al aeropuerto.

—Esta vez me va a ver a mí la primera —dije entre lágrimas, abrazándola.

—Todo va a salir bien...

—Eso espero, a mí este no me puede dejar viuda antes de casarme —reí entre lágrimas.

Abordé el primer avión que me llevó para Barcelona y de allí partí directa para Ottawa esa misma tarde.

Cuando llegué me estaba esperando Hugo y Andrew en el aeropuerto, ya sabían por los chicos que iba para allá.

Me llevaron para el piso donde ellos estaban y desde donde trabajaban, por supuesto, en colaboración con la policía canadiense.

Andrew imponía mucho, pero es que estaba metido por completo en la investigación y no dejaba ni el móvil, ni de pensar.

Dos hombres en otro país, dos hombres con familia, pero dos hombres que están dispuestos a ayudar a encontrar a Ethan. Personas que aman lo que hacen y que lo hacen con el corazón. Así veía yo a esos dos héroes en los que tenía la fe puesta de que lo iban a conseguir liberar.

Yo ni preguntaba, me dediqué a cocinar, a dejarlos trabajar y a hablar con los chicos que no dejaban de llamarme. El que más, Carles.

Sí, mi negro favorito, como él a mí también me llamaba, su blanca favorita...

Carles me había demostrado ser de esas personas que da igual como lleguen a tu vida, que vienen con esa fuerza de las que se quedan instalada en tu vida. Siempre están cuando menos lo necesitas y todo eso sin necesidad de pedirlo.

Al igual que Aitor y Manu, aunque Marcos en cierto modo también, pero él no superaba que yo amase a Ethan y eso lo mantenía lejos, pero sabía que estaba y que esto lo estaba viviendo con dolor.

Esa madrugada apenas podía dormir, me desvelaba cada cierto tiempo y fue cuando a las seis de la mañana, Andrew recibió una llamada y lo escuché levantar a Hugo.

—Localizado, no podemos perder tiempo, vamos a preparar el rescate — cuando oí que le decía eso, me hice la dormida.

Se fueron y me levanté corriendo a preparar un café y poner las noticias, hablaban sobre el caso, pero no, nada de lo que estaba en estos momentos sucediendo.

Me puse a fumar un cigarrillo en la ventanilla de la cocina, el corazón se me iba a parar en cualquier momento, lo tenía a mil por horas.

No podía llamar a nadie, no iba a contar lo que pasaba y cargarme esa liberación ¿Y si pasaba algo y no salía bien de allí?

¡Me daba, de verdad que me daba!

Me puse a hiperventilar por la ventana, de los nervios me picaba hasta la cabeza. Le pedía al Karma que dejara de jodernos, que tan malos no habíamos sido, joder.

Doce de la mañana y los medios de comunicación advertían de que el actor había sido liberado en una operación encubierta que se había saldado con otros tres detenidos.

En ese momento me sonó el teléfono y era Hugo.

—Lo hemos liberado, pero estaba débil y en shock, ve preparándote que te recojo. A él se lo llevan para el hospital.

—¿Está grave? —murmuré con un nudo en la garganta y lágrimas en mis ojos.

—No, no, sale de esta, estoy llegando.

Capítulo 4



Me monté en el coche de Hugo y salimos directos para ese hospital.

—Hemos tenido mucha suerte, ya se lo llevaban para otro lado.

—¿Cómo lo encontraste?

—Desubicado, en shock, nos miraba sin saber si de verdad éramos la policía u otro lío de sus cautivadores.

—Me parte el alma, no se merecía pasar por todo esto.

—Por norma general, nadie se lo merece, pero da gracias que él fue afortunado y puede contarlo. Esto era una red en toda regla, se habían fijado en él desde hacía tiempo y lo habían estudiado para comenzar esa presión en la que se vio envuelto. Su fin era vaciarle las cuentas y hacerlo desaparecer. No tenemos que lamentar ni una cosa, ni la otra.

—¿Sabes que estoy aquí?

—No, no, no era momento de meterle ninguna información en la cabeza hasta que lo miraran en el hospital y seguramente lo reciba un psicólogo ahora mismo.

—Gracias, Hugo, de verdad —le acaricié el brazo.

—Tranquila —apretó mi rodilla —. Sé que se siente en estos casos y de verdad, todo lo hacemos con el corazón y cuando se hace con este, no hacen falta agradecimientos.

—Os lo voy a agradecer toda la vida —sonreí.

Llegamos al hospital y nos recibió Andrew, no sé como, pero, me tiré a sus brazos a agradecerle todo esto.

—Yo estuve en una situación parecida, entiendo todo vuestro dolor.

—Lo sé, conozco vuestra historia —murmuré sonriendo.

El médico me recibió una hora después y me explicó, que dentro de todo lo vivido, lo único que estaba era sin fuerzas, normal en estos casos, había comido poco y mal, estaba un poco deshidratado, pero nada que un buen descanso, comida y cariño, no le curasen.

Le iban a dejar salir al día siguiente en el que regresaríamos a España con Hugo, Andrew se volvía también, pero para Escocia.

El doctor me acompañó hasta la puerta de la habitación donde estaba Ethan, solté el aire antes de abrir la puerta. Si algo tenía claro es que no iba a montar un drama, no quería que se pusiera peor.

—Buenas tardes, señor Ethan. ¿Se puede saber qué hace usted en Canadá sin su futura mujer? —La cara de él fue de asombro total y se echó a llorar —Ah no, a mí no me llores, primero te pegas el viaje y ahora llanto, de eso nada —lo abracé y besé la cabeza.

—Lo siento mucho, pequeña —me besó con mucha fuerza en la mejilla.

—No tienes nada que sentir, pero no nos pongamos dramáticos, ¿eh? —hacía de tripas corazón, pero le quería sacar una sonrisa.

—¿Y mis niños?

—Uf, desde el mismo día que dejaste la carta, están con Manu, así que lo mismo cuando lleguemos, ya hasta han escrito un libro —bromeé, ocasionándole una preciosa carcajada.

—¿Y mis padres?

—Mal, tristes, pero ahora mismo más aliviados, les he dicho hace nada que venía de camino hacia el hospital para reunirme contigo.

—Nos vamos a vivir al rancho, por favor.

—Claro, es lo que íbamos a hacer y haremos, el tiempo de ir a por los niños y coger nuestras cosas —le acaricié la mano.

—Entendiste mi mensaje...

—Alto y claro, fue revelador, de todas formas, no te iba a dejar de buscar...

—¿Sabes? —Eché mi pelo hacia atrás de mi oreja. Yo estaba sentada a un lado de su cama en la que estaba recostado.

—Dime, mi amor.

—He tenido mucho miedo de no volveros a ver, pero no quería que le pasara nada a los niños, tenían videos de ellos de todos lados, sentí mucho miedo —se echó a llorar — y eso me hizo hacer todo lo que me pidieron.

—Moví todas las redes sociales...

—Lo sé, los tenías muy enfadado, sobre todo, a la italiana —sonrió recordando mientras negaba —. Valiente hija de puta.

—Bueno, no pienses más, van a pagar todo lo que hicieron.

—A veces pienso que no estamos predestinados para estar juntos —sonrió con tristeza —, pero así tenga que librar mil batallas más, lucharé por estar contigo hasta el final de mis días.

—A la mierda el rímel, mira que me quise pintar un poco para causarte buena impresión —reía y lloraba al mismo tiempo, nerviosa y echándome en su pecho para que me abrazara —. No nos van a separar ni, aunque nos echen agua ardiendo y tenga que ir dejando a los niños con Manu y Marisa, pero a nosotros no nos van a separar.

—En el rancho viviremos más en la calma.

—Sí, lo sé.

No me separé de él ni un solo instante, hablamos y lloramos mucho. Nos abrazamos y, sobre todo, sabíamos que lo único que queríamos era estar unidos, mantener a nuestra familia junta.

A la mañana siguiente nos despedimos de Andrew en el aeropuerto, casi no lo suelto del abrazo que le di. Ethan le agradecido todo y les dijo que, junto a su familia, Hugo y la de este, los esperaba en el rancho algún día.

—No nos lo diga dos veces que allí nos colamos —murmuró Hugo, causándonos unas risas.

—Si se lo digo a Laia, ya hace la maleta —contestó Andrew.

—Bueno, dile que nos de tiempo a llegar a California, que antes tenemos que ir a por nuestra familia a España —respondí riendo.

Andrew, se marchó por una zona de embarque y nosotros junto a Hugo por otra.

Las azafatas y demás pasajeros, como era normal nos reconocieron, todos nos decían lo feliz que estaban de que todo hubiese salido bien. La verdad es que había sido noticia mundial, algo que dejó paralizado al mundo y pendiente a ello.

Miraba por la ventanilla recordando todo lo que pasó desde aquel primer viaje a Tailandia en el que Delvin, ya me tenía como presa para hacer su cometido. Ya tenía a mi padre bajo vigilancia para cargárselo y conseguirme a mí, con la fortuna incluida.

Fue sigiloso, le dejó el espacio a Aitor con el que no contaba, pero tuvo calma, supo convencerme para quedarme, drogarme para entrar en juegos con el que luego se supo que me iba a coaccionar, ya que se grabaron muchas cosas y al final, se topó con que Ethan entró en mi vida pisando fuerte.

Delvin, suponía que pensaba que yo iba a regresar a aquella isla por él, tampoco contó con esa unión que iba a aparecer con Carles, este le guardaba un secreto que nunca me contó, pero no lo podía ni ver.

Y ahora esto de Ethan, todo una locura, el precio de tener una vida cómoda, esa que otros se querían apropiar sin derecho alguno.

Ese viaje lo pasé recapacitando que a veces, pensamos que las personas tienen una vida de color de rosa, pero nada que ver con la realidad de los hechos.

La llegada al aeropuerto de Málaga fue apoteósica...

Los medios de comunicación, fans de Ethan con pancartas, la gente llorando y aplaudiendo ¡Joder, pechá de llorar qué me di!

Y la llegada a casa de Marisa con los niños alucinando a vernos, fue más emotiva aún.

Ethan cogió en brazos a Carla y acto seguido al niño, se abrazó a ellos y no pudo reprimir esas lágrimas. Manu me echó la mano por el hombro y me abrazó besando mi sien.

Lloramos todos, hasta los pequeños que, aunque no sabían nada, percibieron esos días que algo estaba pasando.

La vida esa que nos empeñamos a crear en nuestra mente y que coge el curso que el destino nos tiene preparado. Esa vida que pende de un hilo en muchas ocasiones y que remendamos de mil formas para que no se termine de deshilar.

Fueron días raros, en los que nos costaba gesticular todo, en los que cuando cerramos la puerta de la casa, sentí como que se cerraba uno de los ciclos más dolorosos de mi vida.

En el aeropuerto la gente nos miraba con una sonrisa, era de corazón, habíamos sido noticia por algo que vivió todo un planeta y ellos, lo habían vivido como algo que entra en sus hogares

Y esa llegada al rancho... Allí estaba nuestra familia, tanto sus padres, como Ximena, Rafael y, como no, Aitor y Martha, que se habían forjado una preciosa unión y vida en ese país.

Capítulo 5



Un mes había pasado desde que nos instalamos en el rancho...

Los pequeños estaban contentos aquí, Carla ya estaba más que adaptada a su nuevo colegio bilingüe y pronunciaba el inglés perfecto, al menos esas palabras que iba aprendiendo y otras muchas que había conocido con anterioridad por su padre.

Ethan la llevaba y traía cada día, yo me quedaba con Ximena, dando el desayuno al pequeño o preparando la comida.

Yo me estaba dedicando de nuevo a mis redes sociales en la que subía fotos preciosas con mi familia, esa que amaba por encima de todo y de todos, para que mentir.

Quick y Billa, esos adorables perritos, tenían santa paciencia con nuestros hijos...

Poco a poco fui acercándome a las yeguas, a esas que terminé abrazando y besando. Se me fue pasando el miedo...

—Buenos días, pequeña —murmuró cuando me desperté esa mañana de viernes que era fiesta local y no tenían los niños colegio.

—Buenos días, mi vida —le di un beso en los labios y me tiré en su pecho.

Estaba siendo feliz, pero me daba miedo gritarlo a los cuatros vientos, esos que seguro estaban aliados con el Karma y a la espera de volverme a dar un revés. Solo de pensarlo me ponía de lo más nerviosa.

Bueno, era feliz, pero que de vez en cuando nuestros desencuentros lo teníamos, pero luego quedaban en nada, eran gilipolleces sin importancia.

—¿En qué piensas?

—En que no me quiero levantar de la cama —reí.

—Bueno, nadie te obliga a hacerlo —se giró y me pegó contra él.

—¡No! —reí al notar esa vibración.

—¿Cómo qué no? —sonreía metiéndolo entre mi braga directo a mi zona más sensible.

—Sí, sí, sí —murmuré con esa excitación que ya me estaba entrando.

Y quitó mi braga, mientras ese aparato seguía haciendo su trabajo y sus manos se preparaban para tocarme como solo él, sabía hacerlo.

Era de lo más generoso y complaciente en todos los sentidos, pero en el sexo, se desvivía por llevarme a unos placeres desmesurados.

Estuvimos una hora entre caricias, juegos y terminamos haciéndolo sobre aquel suelo de madera, no sé como nos la apañábamos que siempre terminamos sobre él, dándonos el último revolcón.

—¡¡¡Mamá que mi hermano se cagó en sus manos y está poniendo la caca por todas las paredes!!! —escuchamos gritar a la pequeña y nos vestimos corriendo para salir.

—No me lo puedo creer... —murmuró abrió la puerta.

—Papá, cagó en sus manos —puso cara de asco mientras Ethan, las enseñaba desde el suelo riendo.

—Paso, yo paso —me fui por el pasillo hacia la cocina sin ni siquiera detenerme. Se me había levantado todo el estómago.

Y eso que se acababan de levantar y Carla siempre lo llevaba para la cocina, pero ni tiempo le dio a la pobre.

Por el camino me encontré a Ximena, que al decírselo corrió para ir a por paños húmedos y un cubo.

Me serví un café y en ese momento entró Carla.

—Mamá, a este niño hay que descambiarlo —dijo muy segura.

—Dirás cambiarlo de ropa y lavarlo... —reí.

—No, no, digo llevarlo a París con el tique de compra y descambiarlo por otro.

—¿Qué dices, Carla? —me eché a reír.

—Sí, los otros días escuché decir a papá cuando estabas enfadada que no te descambiaba porque no encontraba el tique.

—¿Eso dijo tu puñetero padre?

—Sí, pero tranquila que no tenía el tique —dijo en plan chulesco.

—Hoy se lo doy yo.

—No mamá, que me dejas sin madre.

—Verás... —me reí negando por aquello que me había dicho, en el fondo me hacía gracia esos puntos de Ethan.

Le puse el desayuno a todos y apareció con el niño ya duchado en los brazos.

—El café y el tique —le puse una nota que ponía que valía para descambiar a una persona.

—Eres una chivata —rio mirando a Carla.

—Mamá ¿A que yo no te he dicho que papá lo dijo el día que estabais enfadado? —Pobre inocente que ella misma se descubría.

—No, claro que no, pero vamos, que ya tu padre tiene el tique —lo miré —. Adelante, cuando quieras, pero que lo mismo no hace falta, que me cojo la maleta y me voy a.....

—A ningún lado, tú sola a ningún lado —tragó saliva haciéndose el gracioso y refiriéndose a que siempre terminaba con alguien en mis viajes.

—¿Lo ves, hija? No me descambia, ni me deja ir sola de viaje, para que veas que por la boca solo dice tonterías.

—¿Siempre?

—No, hija, tampoco te pases —nos reímos.

—A tu madre lo que le pasa es que le gusta dar con la pullita, pero que los demás no podamos hacer lo mismo.

—Y a ti lo que te gusta es tocarme...

—No lo digas delante de los niños —me advirtió, señalándome con el dedo y entre risas.

—No iba a decir eso —volteé los ojos.

—Mamá, dilo, yo estoy aprendiendo inglés.

—No hija, esto iba a ser en un castellano alto y claro.

—¿Estás con un castellano?

—¡No! —reí mirándola.

—Menos mal —dijo resoplando el padre y le tiré con un pedazo de magdalena en la cara.

—Mamá, la próxima vez le tiras con la taza, esa magdalena no vale para eso.

—Carla, por Dios, no le des ideas a tu madre que de eso va sobrada —puso cara de resignación —. Se me va a quedar atravesado el desayuno —tragó saliva.

—Entonces, ¿vamos a descambiar al hermanito?

—¿Y eso, Carla? —le preguntó el padre, que no sabía de donde provenía la conversación.

—Papá, caga y mancha todo, mejor descambiarlo por uno más limpio.

—¿Harías eso con tu hermano?

—Papá, claro que no, pero mereció la pena decirlo por ver tu cara y la de mamá —se puso las manos en la boca y se rio.

—No sé a quién sale esta niña —murmuré riendo.

—A ti, tal cuál —dijo Ethan.

—Y el niño a ti, ¿verdad? —Puse cara de asco por lo de la mierda.

Ximena reía y negaba escuchándonos mientras preparaba la comida, no era para menos, vaya desayuno estábamos teniendo, menos mal que comencé la mañana con esa alegría para el cuerpo, porque vaya...

Capítulo 6



Un día cualquiera...

—Me voy contigo —aparecí por el coche cuando se iba a llevar a la pequeña para el colegio.

—Genial —sonrió Ethan.

—Ya le dije a Ximena que se encargue del niño, lo regale, o lo venda —me senté en el asiento de copiloto y me abroché el cinturón.

—No mujer —rio arrancando.

—Mamá, ¿te tenemos muy cansada a que sí? —preguntó y encima feliz, ni disimular podía.

—Que va, cariño —respondí con ironía —, digamos que si pudiera dar marcha atrás unos cuatro años. Ahora sería influencer de moda y la

reencarnación de Julia Roberts en su película más sonada —me referí a Pretty Woman.

—Papá ¿Tú has besado a esa mujer en alguna película?

—No, hija, no hice ninguna con ella —sonrió negando y mirándome con cara de asesino.

—Mamá ¿Cuándo os vais a casar papá y tú?

—No lo sé, creo que tiene miedo a que me quede con su fortuna —murmuré bromeando, ya que mi padre me dejó muy bien respaldada y no me hacía falta nada de nadie.

—Mi fortuna es tuya, pero adelante, vamos a casarnos.

—¡Vivan los novios! —gritó Carla, desde atrás —Os declaro marido y marida.

—Marida eres tú —negué riendo —. Ni derecho a una despedida de soltera me dejó la niña —resoplé entre risas.

—Ni la niña, ni su padre, lo último que te dejaría hacer es algo de eso —paró el coche y bajó a la niña después de que yo le diera un beso.

Normal, que no me dejara viajar sola y menos una despedida de solteros, era normal, con el historial mío no me fiaba ni yo. Reí mirando como despedía a la niña.

Ethan entró y arrancó el coche.

—¿Nos hacemos un Starbucks?

—Sí, por favor, no me lleves al rancho en toda la mañana, no quiero ver niños por ningún lado.

—Hablas de boca para fuera, no puedes vivir sin ellos.

—Cogía las maletas y me iba un mes de loca por el mundo.

—Pues sería conmigo, sola de California no sales —rio, mientras conducía.

Nos fuimos al Starbucks y salimos con unos vasos de café a pasear un poco. Necesitaba que me diera el aire. No es que en el rancho viviera recluida, pero últimamente los niños me tenían estresada.

A Carla le había dado por creerse la Paris Hilton, que tenía demasiadas tonterías, pero era mi niña y la amaba. El otro, el renacuajo todo lo que cogía o tocaba, la liaba. No había un día de paz en esa casa. Que lo comprendo, son niños, pero joder, un día de fiesta como el día del señor, yo qué sé, algo.

—Lo quiero —dije, parándome ante aquel bolso que había en el escaparate.

—Pues ahora mismo entramos y lo compramos —me acarició la nalga.

—Y la cartera a juego también —murmuré, sin quitarles la vista.

—Y si quieres el escaparate entero, también lo cogemos.

—No, que aquel bolso es más feo que casarse con un anciano por interés.

—Estás deprimida, alegre esa cara, pequeña.

—Pues dame chocolate para meter debajo de la lengua, creo que estoy a falta de azúcar —murmuré, causándole una risa.

—¿Qué quieres primero el chocolate, o el bolso con la cartera?

—Tú ve a por el chocolate, que yo voy bicheando la tienda.

Y tanto que la bicheé, cuando entró Ethan con una bandejita de dulces, le solté directamente lo importante.

—Listo todo y preparado, solo tienes que sacar la cartera y pagar mil cien euros redondos.

—Joder, ¿qué te has comprado, hasta la caja registradora? —sonrió, sacando la cartera.

—Tú eliges, si quieres lo compro yo, pero es una lastima tener los bolsillos llenos y el corazón vacío —cogí la bandeja de dulces y saqué uno, le ofrecí a la dependienta que sonreía con lo que le había soltado a Ethan.

—Sabes como dar con la puntilla —negó, pasando la tarjeta por el datáfono.

—Listo —le dio el tique.

Cogió las bolsas y nos fuimos para el coche.

—¿Qué has comprado? — sonrió mientras arrancaba.

—El bolso y la cartera que te dije, pero tres de cada iguales.

—¿Tres bolsos y tres carteras iguales?

—Sí, para regalarle a Martha y Marisa —le hice un guiño.

—Suerte la mía, tú quedas bien y yo pago.

—Así es la vida —me encogí de hombros y feliz de la vida. Sabía que él, bromeaba y que no le costaba pagar nada, absolutamente nada, es más, lo pagaba todo, mi tarjeta ni se sacaba.

Paró frente a una tienda de juguetes de madera y entramos. Ethan le compró un caballo de madera al peque para que se montara y balanceara. A Carla, le compró un tocador con espejo que la iba a volver loca.

Luego fuimos a un almacén de vinos y jamones serranos españoles, eso sí, lo que una pata te puede costar en España cien euros, allí seiscientos dólares, flipé en colores, pero nos la llevamos con una caja de vino de Rioja y otra de blanco.

—Voy a ir contigo a llevar a la peque al cole todos los días —dije con segundas para así comprar muchas cosas.

—Solo tienes que montarte en el coche —me hizo un guiño —, pero eso sí, al peque algún día que otro hay que traerlo.

—Que cruz tengo —volteé los ojos bromeando.

Capítulo 7



Los días pasaban y cada vez iba más con Ethan, a llevar y traer a la niña.

Ya estábamos organizando nuestro enlace matrimonial y es que, queríamos hacerlo de una manera muy peculiar.

Ese día estaba estresada y, como no, el pequeño Ethan, tuvo que hacer una de las suyas.

Nos tuvo media hora buscándolo desesperado, ya había venido hasta la policía del pueblo cuando a uno de ellos se le ocurrió mirar dentro de la lavadora que era de las grandes y ahí que estaba durmiendo el niño.

—Lo mato... —murmuré sonriendo entre esas lágrimas que me caían a cantaros del susto que me había llevado. Yo ya pensaba que nos lo habían secuestrado.

—No mujer, no lo mates, son cosas de niños y el mío me lo hacía, por eso se me ocurrió mirar ahí —dijo, uno de los agentes sonriendo.

Les pusimos un café con unos bollos y un rato después se fueron.

—No me acerques al niño que lo mato —dije enfadada—. Ese niño es el Diablo en persona, me quiere infartar.

—¿Qué dices de Diablo? —reía con el pequeño en brazos, que sonreía sin saber ni lo que estaba pasando.

—Nada, Ethan, pero no me lo acerques que no respondo.

—No te dejaría que le hicieras nada, es más, no serías capaz, recuerda la vez que le diste una palmada en el culo a Carla, y te tiraste llorando una semana de remordimiento.

—¡Qué te calles! —dije entre dientes y dando un zapatazo —Me vais a volver loca entre todos.

—Cariño, sal, fúmate un cigarro y respira.

—¿Qué quieres que fume para que me muera?

—Pero si fumas siempre, poco, pero fumas, ¿por qué no te relajas?

—¿Y para qué quiere que me relaje? ¿Molesto? —pregunté enfadada.

—Todo lo que diga lo vas a utilizar en mi contra, así que no te preocupes, haz lo que quieras, pero intenta cambiar el ánimo, pequeña.

—¿Me estás llamando corta de cuerpo?

—Haz lo que quieras, Daniela —rio y se fue con el niño para el establo.

¡Encima! Si no había parado de provocarme. En fin...

Luego decían que las mujeres sacábamos todo de contexto y esas cosas. Qué desvalorada estábamos por Dios. Salí en busca de ellos.

—Ethan, ¿por qué me has dejado con la palabra en la boca?

—¿Qué me estabas diciendo, amor? Perdón, no me di cuenta.

—Es que no me prestas atención —miré al niño que estaba en lo alto del caballo de madera de lo más feliz.

—Sabes que te presto toda la del mundo, pero tú hoy estás muy sensible y todo te lo llevas por otro lado —acarició mi mejilla.

—¿¿¿Me estás llamando loca???

—No, cariño, no —me pegó contra él y besó mi cabeza.

—Y ahora lo querrás arreglar con un polvo ¡Un mojón para ti! —murmuré y me marché de allí. Pasaba de que me siguiera buscando de esa manera. Estaba hoy de lo más revuelto el hombre. La verdad es que le hice una peineta con el dedo, eso sí, de manera que mi niño no lo vio.

Y mira si estaba ese día revuelto, que ni dos horas después, apareció por la cocina. Ya se podía haber quedado en el establo todo el día.

—¿Y ahora qué quieres? ¿Vas a dejar de buscarme la lengua?

—Daniela —sonrió negando ante la mirada de risa de Carla, que venía con toda la cara tan maquillada que parecía Celia Cruz —, venimos a comer.

—¿Y tiene que ser a la misma hora que la mía? Solo pregunto —dije con retintín.

—Una pregunta... ¿Te has puesto con el periodo hoy?

—Vale. Ahora le quieres echar la culpa a que como me vino la regla pues estoy susceptible y no, no lo estoy, solo que llevas toda la mañana tocándome las narices.

—Ven... —Me hizo el gesto con la mano y miró a Ximena —Hazte cargo de los niños, por favor.

—Tranquilo —murmuró sonriendo.

—¿Y a mí, donde me llevas? ¿No me irás a vender? Oye que tú hoy estás muy capullo, que no me fio de ti.

—Calla, boba —dijo pegándome a él y besando mi cabeza.

—A mí no me llevas a esa cabaña de mierda llena de objetos de campo, te lo digo ya.

—Solo quiero que mires hacia dentro.

—Y que me des un empujón y muera yo ahí sola ante la vida ¡Te quieres ir a tomar viento!

Se adelantó y abrió la puerta, lo poco que vi es que no era aquello que yo conocía días antes.

Había hecho un lugar precioso, lo fui viendo porque la curiosidad mató al gato y yo algo de eso tenía.

Todo de madera blanca. Un sofá grande con una mesa camilla delante y sobre ella, una botella de Rioja con dos copas y la pata de jamón.

—Lo tenía todo preparado para esta noche. Preparé este lugar para que fuera como algo diferente para esos ratos que también necesitamos los dos.

Escuché, mientras observaba ese coqueto minibar también en madera blanca y los dos taburetes.

—Me encanta, estoy a punto de perdonarte la mala mañana que me has dado.

—Tienes un morro... —murmuró abrazándome —¿Nos quedamos aquí y nos tomamos el día libre de niños?

—Sí, por favor, lástima que estoy con la regla.

—Siempre se pueden hacer otras cosas —sacó de un cajón otro satisfayer.

—Por Dios, te vas a aficionar a comprar en esas tiendas.

—De qué me vale tener el bolsillo lleno...

—Se te quedó grabada la frase —reí.

—Muy profundo —me besó.

Nos quedamos ahí disfrutando de una botella de vino y ese jamón que no estaba nada mal, nos había salido muy buena la pieza.

Reímos a más no poder y me cambió el ánimo, la verdad es que ese día lo tenía por los suelos...

Y cuando hay deseos, nada se interpone en el camino. Disfrutamos como enanos ese día en el que, aquella cabaña, se había convertido en nuestro rincón favorito.

Capítulo 8



Miré al cielo, comprobé que el día no podía estar más luminoso y pensé que si había un color que estaba relacionado con la felicidad, debía ser ese azul que nos regalaba.

Las poquitas personas que tenía a mi alrededor eran oro molido y aunque esa iba a ser una boda íntima, la disfrutaríamos segundo a segundo. Al fin y al cabo, sería el primer “sí, quiero” que nos diéramos, que para eso habría un segundo que compartiríamos con todos nuestros amigos... Unos amigos sin los cuales habría sido imposible que estuviéramos en ese punto de nuestras vidas y para hacer aquello que nos convertiría en una pareja oficialmente a los ojos del mundo, si bien nosotros una pareja debíamos ser aun desde antes de nacer, que para eso estábamos predestinados.

—¡No, no, no! Carla, ni se te ocurra— a lo justo pude echar mano para que no abriera esa puerta que nos comunicaba con el otro lado de la casa, en el que estaba Ethan con mi suegro.

—Mamá, qué susto, que parecía que me iba a dar calambre— se quejó.

—¿Calambre? Ay, Carlita, que el novio no puede ver a la novia antes de la ceremonia, mi niña, ya te lo he comentado.

Ella se encogió de hombros, no entendía muy bien.

—Qué raros sois los mayores, mami, por eso a mí me gustan más los caballos. Les das una zanahoria y ya están contentos, voy a salir a darles una zanahoria y ahora vuelvo, ¿vale?

—Tú no vas a ninguna parte jovencita, que te vas a llenar los pies de barro y sería una auténtica pena que estropearas esos zapatos tan bonitos que mamá ha elegido para ti—le dijo mi suegra, esa adorable mujer que moría con mis dos niños y que portaba en brazos al pequeño Ethan.

Carla cruzó los pies en un gracioso gesto y yo me eché a reír. Si no parábamos a aquel diminuto torbellino tendríamos que lamentarlo y no, las lamentaciones habían quedado en el pasado, ese era un día grande.

—Pues al baño sí que tengo que ir, abuelita, porque me estoy haciendo pis y no voy a poder hacer pis en la boda, no estaría bonito—se puso a dar saltitos.

—No, no lo estaría, Carla, mi niña. Ve a hacer pis y de paso respira un poquito como papá te ha enseñado para cuando estas nerviosa, ¿vale? —le sugerí.

—Ah, sí, ya me acuerdo. Ahora lo hago...

Yo, mucho decirle a ella, pero ya me podía aplicar el cuento, porque estaba totalmente de los nervios. Pese a que la nuestra sería una sencilla ceremonia celebrada en la más estricta intimidad, no se me ocurrió ni en broma renunciar a un vestido de esos de novia en toda regla que dejara a Ethan, con las patas colgando cuando me viera.

En cierto modo, aquella sería la más formal de las dos, porque la otra, la que yo consideraba mi verdadera boda, se celebraría en Las Vegas y sería un auténtico despiporre.

—¿Cómo estoy? —le pregunté a mi suegra.

—Si te digo que a mi hijo le van a tener que poner una pastillita debajo de la lengua cuando te vea, ¿te das por respondida? Le va a dar algo, estás sublime, hija de mi vida.

Tuve que gestionar la salida del aire de mis pulmones, porque la emoción me embargaba hasta no poder más. Lentamente, me fui dando la vuelta, acababan de darle los últimos retoques a mi maquillaje y a mi peinado, un favorecedor semirrecogido que dejaba caer varios mechones de mi pelo sobre la cara, de lo más moderno y favorecedor.

Mi vestido, ese que yo misma había diseñado, lucía increíble delante del espejo. Era de manga larga y con todo el cuerpo bordado, su corta pero vistosa cola le otorgaba un aire de lo más romántico. Y como broche de oro, ese generoso escote que era un guiño a Ethan, ese hombre que era la sensualidad hecha persona, pues el escote más sensual no podía resultar.

Con paso firme y de lo más emocionada, fui saliendo de casa.

—Te dejas el ramo, preciosa—me comentó Ximena, quien también estaba presente y tenía igualmente la lagrimilla fuera, como nos pasaba a nosotras dos.

—La cabeza me voy a dejar a este paso, gracias—le dije, cogiendo aquella maravilla de ramo, que respondía a un diseño floral silvestre de considerable tamaño, realizado con flores de nuestro rancho.

Mi vida, esa vida que consideraba maravillosa, tenía que verse reflejada en una ceremonia en la que todo estuvo cuidadosamente estudiado. Los atuendos de nuestros niños no fueron una excepción y los dos lucían que eran dos caramelitos enfundados en sus trajes de lino con fajín en verde oliva, a juego.

Las mujeres de la casa fuimos en un coche con el pequeñito, mientras que en otro se desplazaron los hombres, es decir, Ethan, mi suegro y Rafael. Tanto él como Ximena, se habían ganado a pulso el ser miembros de nuestra familia y por nada del mundo habrían podido faltar.

La anécdota la protagonicé yo al bajar del coche, pues metí el estrechísimo y largo tacón de mi zapato justo en el agujero de una alcantarilla y a punto estuve de irme al suelo.

—¡Mamá, que te caes! —Carla estaba al quite y pensé que, además de mi niña, ese día fue mi Ángel de la Guarda, pues a duras penas me habría mantenido en pie de no ser por ella.

Mi suegra y Ximena respiraron aliviadas cuando vieron que por fin pude aguantar la compostura y todas a la vez terminamos por echarnos a reír.

—Lo que hubiera faltado, la novia hecha una pena antes de entrar, de eso nada, que una antes muerta que sencilla—les comenté.

Mi niña iba de lo más orgullosa por eso de haberme “salvado la vida” como ella decía, mientras que su hermano daba palmitas de contento como si pudiera entender lo que allí iba a ocurrir.

Suerte que, aquel día, sí habíamos podido mantenerlo en el más estricto de los silencios, porque los chicos de la prensa solo estaban enterados de nuestra boda en Las Vegas. De haber estado allí, los mofletes se me habrían puesto del color de las amapolas en el momento de casi irme al suelo.

Esboqué la mejor de mis sonrisas en el instante de entrar en la sala en la que ya saldríamos como marido y mujer.

Ethan estaba... no sé cómo definirlo, qué complicado... Esa mezcla entre expectante y emocionado le proporcionaba todavía un toque más atractivo al rostro del hombre más guapo del mundo, que eso era para mí.

Al llegar a su altura, me tomó de la mano y lo hizo tan fuerte, que tuve hasta que reírme, porque el anillo “solitario” que lucía en mi dedo corazón casi me lo clava y tengo que pasar por el cirujano para que me lo saquen.

—Ey, cowboy, reserva las fuerzas para otras cosas. Qué poderío—le comenté por lo bajini para quitarle algo de hierro a una ceremonia que, de otro modo, podría hacerme llorar a moco tendido.

—Si es que te veo y no puedo, eres...Eres una diosa, Daniela, una auténtica diosa.

Me sentí grande, él sí que tenía poderío, pues con una sola mirada y unas cuantas palabras era capaz de elevarme a lo más alto. Su traje negro contrastaba con el mío, blanco roto, y éramos como las dos caras de una moneda que disfrutaban de saber que el destino las mantendrá siempre juntas.

—Pues tú no quedas atrás, estás... ¡Yo es que te como esa cara!

No pude reprimir esas palabras mientras lo cogía por el mentón y él, me dio un beso, sin más... Se le escapó, no era el momento, pero es que el amor no entiende de momentos sino de impulsos y a Ethan, a impulsivo no había quien lo ganara, que me lo dijeran a mí.

El oficiante, un tanto alucinado, carraspeó y él se limitó a seguir besándome. Entonces nuestra Carla, que era un lorito de repetición, también carraspeó y para colmo de la diversión, la siguió el pequeño Ethan.

Muertos de risa, los cuatro adultos carraspearon también mientras me seguía besando.

—¿Habéis venido a casaros, o lo dejamos para pasado mañana? —Terminó por preguntarnos ese hombre, que ya estaba bizco y entonces nos dio la risa, con lo cual tuvimos que separarnos a la fuerza.

—Lo siento mucho, pero es lo que pasa cuando uno tiene una mujer tan increíblemente bella. ¿Usted la ha visto bien? —le preguntó él, a aquel

hombre que era más bien un poco serio.

—Sí, la he visto, lo que pasa es que no puede uno comenzar la casa por el tejado.

Nos miramos entre nosotros y más nos reímos, pues lo dijo como si fuésemos dos adolescentes y no dos adultos que habían vivido mil y una vicisitudes hasta llegar a aquel momento, ¡y encima con dos niños!

—Si usted lo dice...—murmuró Ethan, quien de nuevo me cogió la mano tan fuerte que tuve que morderme el labio inferior para no decir allí en medio una de las mías...

Lo adoraba, sencillamente lo adoraba y tenía la total certeza de que él, me adoraba a mí...

Capítulo 9



...Y llegó nuestra segunda boda, esa que para nosotros tenía un significado que no era otro que el de la amistad. Llegados desde todos lados, nos reencontramos con nuestros amigos en nuestro rancho en Los Ángeles, desde donde saldríamos en un microbús que habíamos alquilado para ir a Las Vegas.

Allí no faltaba ni uno, pero a pesar de eso, a la hora de marcharnos, me dediqué a pasar lista.

—Cómo se nota que te has convertido en una madre—resopló Marcos, que no estaba muy por la labor. A mi querido Marquitos todavía se le notaba un poquillo el recelo ese que llevaba dentro, pese a que nos quería y lo queríamos con locura.

—Capaces sois de quedaros uno aquí, déjame, que estoy hecha un manojito de nervios y si no, no me iré tranquila.

—Tiene razón, Marcos, que esto debe estar controlado, no puede ser tipo, “Resacón en Las Vegas” —argumentó mí siempre elegante Manu, que le pesara a quien le pesase, era el más centrado de todos nosotros y quien tenía a su Marisa al lado. Recién llegados desde Málaga, eran la viva imagen de la felicidad.

—Venga sí, que los vestidos pesan—apuntó Janis, a lo que asintieron Carlota, Alma y Sara.

—Y que yo ya tengo ganas de llegar, que me noto el gaznate un poco seco —añadió un Dylan que venía solo a la boda, pero que traía con él unas increíbles ganas de pasárselo bien, para no variar.

—Yo también tengo ganas de llegar, apoyo la moción de que nos vayamos ya—adujo Hugo, que venía con Alicia.

—Venga, terminad ya, que yo tengo ganas de conducir—Ari tenía muy claro que el microbús lo llevaba ella.

—¿Cómo? ¿Que hoy tampoco conduce Jenny? Venga ya, no me dejáis divertirme nunca, esto no vale— cruzó los brazos por delante del pecho y se hizo la ofendida.

—Ni Dios lo permita, eso sí que no o yo, me voy andando—le contestó Hugo, que no parecía confiar mucho en ella para esas cuestiones.

—Yo pienso lo mismo, a mí no me mires—le aseguró Dylan y ella le soltó un “traidor”, que arrancó la risa de todos los presentes.

—Mientras Ethan no pierda de vista a Daniela, cuando lleguemos a Las Vegas todo está bien, pero como no la amarre en corto...—murmuró Aitor por lo bajini a Martha y yo, que me enteré, le solté una colleja.

—Por lo menos disimula un poco, chaval, a ver si te crees que estoy sorda...

Ethan es que se partía con los comentarios del niño, que no podía tener unas salidas más graciosas y todos nos carcajearnos.

—Yo no es por nada, pero creo que ya va siendo hora de que nos vayamos porque “La ciudad del Pecado” nos espera y estoy ansioso por llegar—nos espetó con toda la alegría del mundo un Andrew, que llevaba a su Laia de la mano.

—¿Y se puede saber cuáles son esos pecados que tú piensas experimentar allí? Mira que yo me pongo a repartir collejas como Daniela a Aitor y me quedo sola, te lo digo desde ya—le advirtió Laia, con el ceño fruncido.

—¿Pecados yo? Solo los que tú me dejes, amor, solo esos—le aseguró él y más risas que nos dieron.

—Yo creo que ahora sí que es momento de que nos vayamos—Carles, estaba de lo más emocionado.

—Vamos a hacerle caso a Carles, antes de que me saquéis de mis casillas, panda de descerebrados. ¿Se puede saber en qué estaría yo pensando cuando me decidí a invitaros a todos?

—En que iba a ser la boda más divertida del mundo y lo sabes, así que no te hagas ahora la interesante—me volvió a soltar Aitor, y yo es que en el fondo me comía a ese niño que era mi debilidad.

—Tira, anda, que todavía te dejamos en el recreo, enano, que esta es una boda de mayores.

—Pues yo te digo que cuando le dábamos al tema no se quejaba tanto—le soltó él a Carles, nada más y nada menos, por lo bajini también.

—¿Tú te crees que esas cosas se pueden soltar por la boca? Que es una dama y va a casarse—lo reprendió.

—Vale, vale, ya me callo. Ozú, si llego a saber que aquí no se podría hablar, me traigo la mordaza.

—¿Tú tienes una mordaza? —Eso lo escuchó Martha, que iba detrás hablando con las chicas.

—Yo soy una cajita de sorpresas, amor, ya te diré el uso que le daremos, me vas a adorar todavía más.

Yo sí que los adoraba a todos y era consciente de que nos quedaba por delante un camino de lo más divertido. Varias horas con todos ellos, escuchando sus salidas, valdrían su peso en oro.

Ari salió corriendo y, ante la mirada atónita de Jenny, se puso al volante.

—Pues os lo advierto, algo tengo yo que conducir, si no es este cacharro, será el avión de vuelta.

—Pues me dices en cuál te vuelves, porque yo no quiero coincidir contigo no ya en el avión, ni siquiera en el día—le soltó Hugo y ella encogió los hombros, como no entendiendo absolutamente nada.

—Ari, por lo que más quieras, arranca ya, que estoy seco—le suplicó Dylan.

—No te preocupes, que yo he traído un montón de botellas de agua—le aseguró Janis, que era de lo más previsoras.

—¿Agua? ¿Y eso se puede beber? Venga ya, que me conoces muy bien y sabes que yo solo bebo cosas sanas—le soltó Dylan, sacándonos las carcajadas a todos.

Fue un viaje memorable, de esos que si se planean no pueden salir mejor. Paramos a medio camino en uno de esos bares de carretera norteamericanos tan típicos de las pelis, en cuya entrada las chicas aprovecharon para hacerse un mogollón de fotos.

—Andando voy a perder yo el tiempo en eso, pudiéndome tomar una copita —les comentó Dylan, de lo más sorprendido.

—Eso digo yo, bro, que vamos a por la primera, ¿no? —lo apoyó Hugo.

—A por la primera, ¿os habéis creído que esto son unas sevillanas o qué? —les soltó Marisa.

La que formaron en el interior del local fue menuda, sobre todo porque la camarera le echó el ojo a Dylan y ya el cachondeo estaba servido.

—Dylan, que la boda no es hasta pasado mañana, te puedes quedar aquí mientras—le aseguró Marcos.

—Claro, que como yo me quede un par de días aquí voy a dejar una botella viva, pero vamos que si me dejáis ya encontraré el camino a Las Vegas, que supongo que será como el de Roma, que todos llevan a él.

—Tú te subes al microbús como Dios pintó a Perico, guapo, que aquí no se deja a nadie atrás—le advirtió Ari.

—Eso, eso, que ahora sí que va a conducir Jenny y dará comienzo el espectáculo—les dijo ella, de lo más emocionada.

Por la simple forma en la que la miró Ari, entendió que, por encima de su cadáver, por lo que no hubo discusión.

Justo íbamos saliendo cuando Dylan se metió “sospechosamente” en el baño.

—Ya voy yo a avisarlo—nos comentó Aitor—, que estoy deseando seguir el camino para echarme un sueñecito.

—¿Ves? Si es que eres muy chico, te lo vengo diciendo—añadí yo, y tuvo que morderse el labio para no decirme delante de Ethan, las cosas que sabía hacer el “chico”, pero que igualmente le leímos en la frente.

—Yo no es por nada, pero creo que Dylan, va a necesitar algún minutillo de más, ¿nadie tiene que fumarse un cigarrillo? Mejor lo esperamos en la puerta—Manu con su elegancia desvió el tema.

—La camarera sí que se está fumando un buen puro en el baño—nos espetó Marcos que ese, pelos en la lengua tenía más bien poquitos.

Las caras de todos nosotros eran un poema cuando un ratito después salió Dylan del baño.

—Perdonad, es que se ve que me ha sentado mal la copa y lo he echado todo en el baño—Nos guiñó el ojo.

—Eso ya lo sabíamos, bro, que tú en el baño lo ibas a echar todo—le aclaró Hugo, que lo conocía como si fueran hermanos de verdad.

—Yo mejor corro un “estúpido” velo—se defendió él, a sabiendas de que no tenía defensa posible.

—Ari, y después es Jenny quien la lía, ¿te has fijado? Vaya, que unos tienen la fama y otros cardan la lana.

—Cállate, Jenny, cállate, que todavía vas a salir mal parada—le aconsejó Dylan.

—Y ni se te ocurra mirar el volante, que no lo vas a tocar—le aseguró Ari.

Capítulo 10



—Este es el sueño de mi vida—le decía Marisa a las chicas cuando entramos en Las Vegas.

Entre pitos y flautas, ya era por la tarde, pues también paramos para almorzar.

—Es que hemos hecho más paradas que un paso de Semana Santa, así que ahora a descansar un poco y luego a salir de juerga—se quejó Aitor.

—Eso es, que yo sigo un poco seco—Dylan lo tenía claro.

—A ver, Dylan, que lo de la barra libre es el día de la boda, yo creo que tú estás un poco confundido—le aclaré.

—Esta es una ocasión grande, Daniela, y esas cosas hay que celebrarlas como está mandado, desde el principio hasta el final.

La que se pudo liar en la recepción fue poca, pues cuando llegamos hubo la madre de todas las confusiones y decían que solo nos tenían dos habitaciones.

—¿Dos habitaciones? Pero si aquí hay más gente que en la guerra, ¿no puede hacer algo? —le rogué al recepcionista.

Nos veíamos como sardinas en lata y eso sí que no era plan.

—¿De verdad no puede hacerlo? —Ethan, que estaba detrás de mí, salió y entonces al chico se le abrieron los ojos como platos.

—No sabía que la reserva era para ustedes, ahora mismo llamo al director y esto está solucionado. ¿Tendría la amabilidad de firmarme un autógrafo para mi hermana? Es que es súper fan de usted, se va a volver loca.

—Ethan, le firmas un autógrafo o le haces a la hermana de este hombre lo que haga falta, pero que nos den las habitaciones.

—Marcos no corras tú tanto, que con un autógrafo será suficiente. Madre mía, qué fácil es tirar con pólvora ajena—me quejé.

La cuestión estuvo resuelta en pocos minutos y el chaval se quedó más a gusto que un arbusto con su autógrafo.

Estábamos a punto de subir las escaleras cuando un paparazzi salió de detrás de una planta y nos tomó una foto.

—Hombre, esto se avisa, que me has dado un fogonazo en todos los ojos—
Ethan se lo comentó, pero con toda la gracia, acercándose a él.

—Ethan, ¿tú sabes lo que vale esta foto? Yo sé que me entiendes.

—Y te entiendo, pero entiéndeme tú a mí, hombre, que acabamos de llegar
y estamos reventados.

—Eso, que nos vas a sacar más feos que la rodilla de una cabra—le
comentó Hugo y más de uno tuvimos que aguantarnos el vientre porque
hasta nos dolió de reírnos.

Llegamos a nuestra habitación y nos miramos. Todos nuestros sueños se
habían cumplido y el último, el de darnos ese otro “sí quiero” en Las Vegas,
resultaría el más divertido de todos.

—Voy a telefonar a tu madre a ver cómo están los niños, que yo de Carla
no me fío ni un pelo—cogí el teléfono.

—Pero que sea una cosita rápida, que estoy viendo un jacuzzi en el baño y
nos está llamando, amor.

Lo miré y pensé que cómo podía ser que cada vez me pusiera más, era
decirme una cosa de esas y yo ponerme totalmente cardíaca.

—Suegra, que te iba a decir que ya han llegado los niños y que cómo
estamos nosotros—le pregunté de lo más atropellada.

—¿Tú has bebido por el camino, Daniela?

—Solo un batido de fresa con su nata y todo, el que se ha puesto fino ha sido Dylan...

—Pues cualquiera lo diría. Querrás decir que ya habéis llegado y que cómo están los niños.

—Eso, eso, ¿y yo qué he dicho?

Mi suegra se echó a reír también, menos mal que no podía ser mejor mujer.

—Déjalo, cariño. Los niños están divinamente, vosotros lo único que debéis hacer es disfrutar.

Me quité la ropa y salí volando hacia el jacuzzi como Dios me trajo al mundo, lo único fue que también me quité mis deportivas y que por el camino casi me dejo el dedo meñique del pie contra una maleta.

—Ay, yo creo que me lo he roto—le dije al llegar y él, no me creyó demasiado.

—¿Lo estás diciendo para zafarte? Mira que sería muy pronto para eso, a ver si va a ser verdad eso de que después de la boda, nada de nada—bromeó.

—Claro que sí, hombre, ¿no ves que ha sido decírmelo y yo comenzar a oponer resistencia? La madre que me trajo al mundo, ¡qué dolor!

—Ven aquí, anda, que te voy a quitar todos los males...

Oye, pues iba a ser que sí, porque comenzó por mis pies, que masajé a placer y sentí que no podía esperar más...

—¿Qué me estás haciendo? ¿Se me ha bajado el punto G hasta ahí? —le pregunté porque yo estaba al borde de...

—No, tranquila, todo a su tiempo. A ese iremos a buscarlo ahora...

Tan pronto como lo dijo, comenzó a avanzar con sus manos en dirección a mi sexo, al que encontró empapado, y puedo prometer y prometo que no solo era porque estuviéramos metidos en el agua.

Uno de sus dedos se deslizó hacia su interior, mientras que otro par de ellos, de lo más traviesos, no tardaron en seguirle. Mientras, con la otra mano buscaba mi clítoris, que encontró inflamado y vibrante.

—Es una locura, estar contigo, una locura—murmuró.

—No, una locura es poder perderme en tus ojos—lo miré fijamente, yo en esos ojos quería instalarme para siempre.

—Pero no me vayas a decir que solo me estás mirando los ojos o pensaré que voy perdiendo facultades...

El tono libidinoso de su voz, su impresionante juego de manos dentro de mí, y la forma en la que acariciaba mi clítoris, eran los ingredientes de un irresistible cóctel del que yo hubiera bebido toda la noche de no ser porque Las Vegas nos esperaba.

Una vez mi clítoris estuvo lo suficientemente estimulado, algo que no tardó en absoluto en lograr, me indicó con la mano que arqueara mi cuerpo y lo sacara a la superficie, algo que yo hice con gusto, para ponérselo a la altura de una lengua que sabía jugar como ninguna otra.

Me estremecía, cada vez que esa ardiente lengua que me hacía hervir al contacto con mi piel, entraba en juego, me estremecía tanto que entendía de golpe por qué era él y solo él, el hombre con el que yo deseaba compartir todos mis días, pero también la totalidad de mis noches.

El sexo con Ethan era adictivo, una clase de adicción para la que ninguno de los dos conocíamos la cura y para la que, por supuesto, no nos interesaba conocerla.

—Mmm—gemí cuando comprendí que los acelerados latidos de mi corazón anunciaban un orgasmo que venía de camino.

No me dijo nada, solo clavó su mirada en la mía, sabedor de que el hecho de que no la retirara era lo que más me ponía en el mundo. Y así me ocurrió, así me abrí para él y mi esencia se derramó en una boca que clamaba por degustarla.

Me mordí el labio, una suave mordida que todavía le provocó una mayor lujuria, algo que se reflejó en su rostro, que se transformó todavía más

gracias a unos rasgos salvajes que hacían que los latidos de mi corazón siguieran subiendo de revoluciones, al tiempo que un súbito calor se adueñaba por completo de mi cuerpo.

Aunque, por mucho que eso fuera así, el calor no competiría con Ethan, imposible hacerlo... Él, sí que era el dueño de mi cuerpo y de mi alma, el único hombre capaz de hacerme suspirar en su presencia y de protagonizar mis sueños húmedos cuando por fin dejábamos de amarnos y el sueño terminaba por rendirnos.

Aprovechando la curva que describía mi cuerpo al salir del agua, colocó su mano al final de mi espalda para asegurarse de que su tremenda investida solo me produciría el más intenso de los placeres.

Lo leí en sus ojos, entraría en mí con esa fuerza que solía hacerlo en momentos en los que deseaba recordarme que lo nuestro trascendía lo terrenal para situarse en lo sobrenatural. Y no debía ir desencaminado porque su embestida no pareció ser de este mundo.

Una vez que comprobó mirándome a los ojos que yo estaba bien y que deseaba sus envites tanto como él, se hizo con mi cuerpo, del que salió y entró hasta que mi empapado sexo le volvió a indicar que una vez más estaba al límite, que su miembro estaba hecho para elevarme al Olimpo del goce, que no existía ningún otro hombre en el mundo que pudiera hacerme derretir como él lo hacía.

En ese instante, noté que mi corazón se aceleraba todavía más, al tiempo que su miembro también se engrosaba en mi interior, si es que eso era posible. Con los ojos clavados el uno en el otro, me aprisionó las manos y

yo me rendí, me sentí cautiva, me preparé para notar una vez más que juntos le dábamos un nuevo significado al término pasión.

Juntos y a punto de pronunciar un segundo “sí quiero” que apuntaba maneras, volvimos a hacernos uno solo como les ocurre a aquellos amantes que saben fundir sus cuerpos en uno.

Juntos gemimos, juntos nos besamos hasta devorarnos y juntos volvimos a descubrir lo que era llegar a lo más alto.

Capítulo 11



No podíamos ir más ideales, vestidos monísimos todos, pero en plan cómodos, porque la noche nos tenía que dar mucho de sí.

—Es que vamos de despedida de solteros, señora—le dijo Aitor, a una mujer que se nos quedó mirando porque íbamos formando la marimorena.

—¿De despedida de solteros? Pero si ya están más que casados, pues anda que no la tiene ya catada Ethan—le soltó Marcos, que ese estaba como el apuntador.

—Pero bueno, eso Ethan y el resto también, ¿no? Pues vaya novedad...

Volvió a decirlo por lo bajini, pero yo lo tenía más que controlado y le di otra buena colleja a un Aitor, que no paraba de provocar.

—No deberías darle tan fuerte que es muy joven y lo mismo está estudiando —opinó Ethan con la guasa, que también sentía adoración por él.

—Sí, aprendiendo a leer estoy yo ahora, no te digo... —se quejó rascándose la cabeza, pues le di bien dado.

—Señores, vamos a lo que vamos, que yo ya vuelvo a tener sed—Dylan, era de ideas fijas.

—¿Otra vez? Pues te vas a tener que amorrar a una fuente, corazón—le indicó Janis.

—No, él es más de amorrarse a...—Hugo se paró en seco porque todos lo miramos y comprendió que se estaba colando.

—Eso, bro, y tú no, que tú ibas para santo, lo que sucede es que pasaste de que te hicieran los agujeritos, ¿no?

—Claro que sí, bro, que para agujeros ya traía uno de serie...

—Hugo, pues ten cuidado, que yo veo que el culo te lo está mirando bastante el personal esta noche, y no solo el femenino.

—¿Mi culo? ¿Qué dices? Vamos, que no, eso te lo acabas de inventar, Marcos.

—Eso, siempre es bueno que haya un Marcos en el grupo para que cargue con las culpas de todo. Pues yo solo te digo que, si fuese tú, me andaría con cuidado.

—La culpa es tuya y solo tuya, Hugo—le solté.

—¿Mia? Y eso, ¿a santo dé qué?

—¿No fuiste tú el que lanzó su culo a subasta? Pues ahora es lo que pasa.

—¿Y tú me vas a decir que estos tíos se han enterado de eso aquí en Las Vegas? Pues sí, ni que fuera yo famoso como Ethan.

—Che, que Ethan es famoso, pero me pertenece en exclusividad, que conste—les advertí.

—Por mí os las podéis arreglar como gustéis, como si queréis hacer una orgía, que yo lo que quiero es privar—añadió Dylan.

—Claro, como tú ya le has dado al tema esta mañana, ¿eh, bro?

—Ventajas que tiene el estar soltero, Hugo...

—A ver si te crees que los que estamos emparejados llevamos un cinturón de castidad, Dylan—le informó Laia, con los brazos en jarra.

—Pero si yo no he dicho nada, si yo lo único que quiero es beber.

—Este se bebe hasta el agua de los floreros—escuchamos decir al grupito de Carlota, Janis, Alma y Sara.

—No, si ahora resulta que aquí el único que bebe y que le da al tema es Dylan. Venga ya, hombre, escoged sitio, que me voy a deshidratar.

—Pero vamos a ver, yo solo digo que primero tendremos que cenar, ¿no? Que después iremos a un casino y allí nos darán las tantas—propuso Carles.

—Yo opino exactamente lo mismo—asintió Manu.

—Ea, pues nada, a cenar, pero una cosa rapidita, ¿eh? Que no hay tiempo que perder—resopló Dylan.

—Bro, ¿a ti te hicieron corriendo? Porque por la gloria de mi abuela que me llevas soliviantado perdido, qué trajín—le preguntó Hugo, que no paraba de hacer gestos de los suyos.

Cenamos y, efectivamente, en menos de lo que canta un gallo ya estábamos de camino a un casino.

—Yo no sé qué prisa os ha entrado, por mí, haríamos antes un tour turístico por Las Vegas de noche—propuso Carles.

—A mí me queréis matar de sed, tirad para donde os dé la gana y ya me buscáis en un casino, que en alguno andaré—les aseguró Dylan.

—O en el baño de uno de ellos, que ya sabéis cuál es su especialidad—añadió Hugo.

—Eso que, si lo hace Jenny, se lleva unos pocos de días sin hablarme, pero si lo hace él, está muy bonito—se quejó ella.

—Jenny, no me hagas hablar, que todavía tengo que aguantar a Manolo, cada vez que se coge un pedo y me cuenta lo que no quiero escuchar, que me amarga.

—No, si ahora va a resultar que te has echado al alcohol por mi culpa...

—Deja a Jenny que ha venido muy tranquilita este viaje, Dylan—le pidió Ari.

—¿Tú no la conoces? Eso es lo peor, resulta que es como los niños pequeños, si está callada es porque está maquinando algo.

—Anda ya, hombre, tienes que darle un voto de confianza, dale un abrazo.

—Eso, venga, que estoy a falta de cariño—abrió ella los brazos y él, la abrazó con cara de resignación.

—Ahora si os lo digo, este que está aquí se va a un casino ya...

Eché a andar y todos le seguimos.

—¿Tú crees que esto es seguro? Lo de seguir a Dylan por la noche, amor—le pregunté a Ethan.

—Hombre, una cosa es cierta, yo creo que este se mueve en la noche como pez en el agua.

—Míralo, si es que parece que sea de aquí de toda la vida, va flechado, como si tuviera un GPS en la cabeza—observó Ari.

—Ese huele el alcohol como si fuera un sabueso, te lo digo yo, que lo conozco bien—le aseguró Jenny, mientras el resto de las chicas se desternillaban de la risa siguiéndolo.

—Mira, Dylan, yo no te digo nada y te lo digo todo, ¿eh? Que tú y yo vamos a conservar la amistad mientras todo vaya bien, pero Daniela y yo, somos padres y no es plan de que nos líes una como en la película.

—¿Otra vez con eso de “Resacón en Las Vegas”? Pero, ¿por quién me habéis tomado? Ari, Jenny, defendedme, decidles que yo no soy así.

—Es cierto, no eres así, ¡eres muchísimo peor! —se echaron las dos a reír, del brazo como iban.

—¿Tú quieres que me vaya yo de la lengua, bro? —Se ofreció Hugo.

—Bro, no seas ruina, que lo que pasó en el pasado se quedó en el pasado—le advirtió Dylan.

—Sobre todo en la parte que te toca a ti, Hugo, por la cuenta que te trae, que como te coja yo en un renuncio...—Alicia puso los brazos en jarras.

—No, tú puedes estar tranquila, que Hugo está capado ya, quiero decir casado—le dijo Dylan con ironía.

Seguimos andando y justo se nos colocó delante un grupo de chicas espectaculares, de manera que Marcos se puso delante de Dylan, quitándole el puesto.

—Mira ahora cómo corre el condenado y luego el único vicioso es Dylan.

—¿Tú has visto eso? Pero si tienen el culo más alto que la matrícula de un avión, ahora entiendo por qué le llaman a esto “La ciudad del Pecado”, por mi padre de mi alma que yo les hacía a estas un favor, a todas juntas, para que no se me quejara ninguna.

—Compañero, a todas juntas es mucho decir, ¿no te parece? —Carles lo vio un poco fanfarrón, porque las chavalas eran bastantes.

—A todas juntas, hombre, si eso no hay más que liarse la manta a la cabeza y echarse al ruedo a torear, ahí, con valor—Marcos hizo como que sacaba la muleta.

—Hombre, de corridas iría la cosa, sí, eso no lo va a negar nadie—admitió Dylan.

—Si es que, ¿habéis visto qué mujeres?

—Ya las hemos visto, Marcos, pero ten cuidado, que van a pensar que vas más salido que el pico de una plancha—le advertí.

—Claro, no ves que me van a entender. Mira, yo no sé por dónde comenzaba, pero sé por dónde terminaba, iba a ser un final de fiesta explosivo.

—Sí, sobre todo explosivo, en eso no te quitamos la razón—le aseguró Ethan, que se partía con todo lo que decía.

—Sí. Mira, yo iba cogiendo una rubia, una morena, una castaña y después otra vez una rubia, una...

—Una castaña buena te vas a pegar como no mires al suelo, tío, qué pisotón me has dado—se quejó Dylan, a quien más que el pie lo que le dolía era que Marcos le hubiera pisado sus deportivas blancas de Ralph Lauren.

—No te quejes más, que al final me distraes y se me van a perder. Mirad, lo que os iba diciendo, que yo con estas me daba un...

No paraba, Marcos estaba de lo más elocuente y lo más gracioso fue que, de repente, las chicas se volvieron y le preguntaron sin más...

—¿De dónde sois? — Y ello en un perfecto castellano.

Muerto, Marcos se quedó muerto y pegado al suelo como si tuviera un kilo de pegamento en la suela de cada zapato.

—La mayoría somos de España, de diversos sitios, ¿y vosotras?

—Nosotras somos de Cartagena, chaval—le contestó la que parecía llevar la voz cantante y todas las tonalidades de granate, absolutamente todas, las pudimos ver en la cara de Marcos.

—Por el amor de Dios, ¿y lo habéis escuchado todo?

Los demás es que nos tirábamos al suelo, las carcajadas eran imposibles de contener.

—Hombre, pues va a ser que sí, que sordas todavía no estamos.

—Pero eso no vale, ¿ahora debajo de qué piedra me meto yo? Que era broma, ¿eh? Yo no pretendía...

—Ah, ¿no? Pues es una auténtica pena...

Bromistas como las que más, todas se pusieron de lo más sugerentes, rodeándolo y diciéndole cosas al oído.

—Si tú no quieres, apártate, Marcos, que vamos Carles y yo—se ofreció Dylan.

—¿Tú no estabas buscando un sitio donde beber? Pues sigue buscándolo, venga.

—¿Y quién ha dicho que yo tenga sed ni nada?

Ethan es que se moría, se moría de la risa... Después de los muchos momentos complicados que habíamos vivido, yo es que no podía estar más feliz sabiendo que ese era uno más de los increíbles momentos que íbamos a vivir durante tres días únicos en Las Vegas.

Al final las chicas echaron a andar, por mucho que le pesara a Dylan, si bien le escuchamos cuchichear con Carles...

—Llevo el teléfono de dos, por si te animas luego.

—Pero, ¿cómo es posible? No, no, yo paso, para ti las dos...

—¿Pasas? Escucha, que no hace falta que te diga que lo que pasa en Las Vegas, se queda en Las Vegas y nosotros, no tenemos que rendirle cuentas a nadie.

—Ya, ya, pero vamos, que a mí lo que más flipado me deja es cómo has conseguido los teléfonos...

—Un mago nunca puede revelar sus trucos, esa es la realidad.

—Y este mago es, porque siempre trae algún conejo entre manos—le aseguró Jenny.

—Jenny, ¿tú estás segura de que no has bebido? —le preguntó Ari.

—Yo solo bebo agua de esa que lleva Janis, Ari...

—Con agua bendita os voy a tener que rociar a todos, esa es la realidad—Janis lo tenía de lo más claro.

Las Vegas estaba sacando la parte más divertida de cada uno de nosotros y eso que todavía no habíamos llegado a ninguno de esos lugares

emblemáticos que eran los casinos.

—Yo solo os digo que aquí hay que tener un poco de cuidado, porque podemos salir desplumados—Manu volvió a hacer gala de un cerebro del que más de uno carecía.

—A mí, mientras que me pongan alcohol, me da igual, como si hay que estar apostando toda la noche—Dylan, no tenía ningún reparo.

—Mira, para eso te compro yo una botellita y todo lo que te ahorres me lo metes en una hucha, Dylan, que Ari y yo tenemos un montón de viajes pendientes y esos hay que financiarlos.

—Jenny, hazme el favor y no me hagas hablar, por lo que más quieras, no me hagas hablar...

—Si lo que más quiero eres tú, tonto. ¿Hay trato o no hay trato?

—Yo creo que más bien hay truco, ¿o no dices que es mago? —apuntó Hugo, que ese no daba puntada sin hilo...

Capítulo 12



—¿Dónde está Ethan? —preguntó Ari, en cuando abrió un ojo.

—Vamos a ver, vamos a ver, Ari, ¿cómo hemos podido llegar todos hasta aquí? —le pregunté viendo que había amanecido.

—¿Y a mí me lo preguntas? Yo acabo de abrir un ojo y solo he hecho lo mismo que tú el otro día, pasar lista. Y Ethan no está.

—Y Jenny tampoco...—apuntó Hugo, mirando hacia todos los lados.

—Ay, Dios mío, que os dije que esa maquinaba algo, ¿a qué nos da la boda?

—Tranquilo, Dylan, que seguro que no. Y otra cosa, si Jenny no aparece lo mismo es que anoche...

—No me digas que se ligó a alguno y se quedó por ahí, Ari, que la voy a coger y le voy a decir...

—¿Qué pasa? ¿Es que una no puede ir al cuarto de baño sin que se encuentre con que la están amenazando? —La jodida salía tranquilamente, con el rímel corrido.

—Jenny, hija, ¿de dónde sales? Que pareces un choco en su tinta, que siempre eres la misma—Ari se estaba encendiendo por momentos.

—¿Y Ethan? ¿También está en el baño? —pregunté de lo más preocupada.

—Oye, guapa, ¿qué insinúas? Que yo en el baño estaba sola, ¿eh?

—Hombre, Jenny, sola, sola... a los demás se la darás, pero, ¿qué es eso que llevas debajo del brazo? —le preguntó Ari, que ella sí que la conocía bien.

—Bueno, que no hay nada como una duchita de buena mañana y si es con un poquito de Satisfyer, pues mejor que mejor, pero que con eso no se le hace daño a nadie, ¿no?

—Yo es que te mato y los demás preocupados por ti. Es la última vez que vienes a algún sitio con nosotros—le advirtió Ari.

—¿De verdad vas a tener corazoncito de irte a alguna parte sin mí, rubia?

—Le puso ella ojitos.

—Y tanto que sí, que ya me estoy poniendo yo nerviosa, ¿dónde está el novio?

—Eso mismo quisiera yo saber, ¿dónde está Ethan? —Yo es que estaba por ponerme a llorar.

—No puede estar muy lejos, ¿alguien se acuerda de lo que hicimos anoche?
—nos preguntó Manu.

—Quién se va a acordar, al final hacen otra película con nosotros, pero si hemos amanecido todos en la misma habitación.

—Menos mal que yo tengo un mecanismo ancestral de defensa en mi ojete, porque de otro modo no estaría tranquilo—argumentó Marcos, mirando a su alrededor y a punto estuvo de cobrar.

—Yo solo recuerdo que abrimos la puerta, que entramos todos y que al poco se escuchó un golpe...

—Para mí que me lo llevé yo—Aitor se levantó llevándose la mano a la boca.

—A ver, a ver, quita esa manita—le comentó Martha.

—Va a ser mejor que no, que igual te desencantas.

—¿Qué dices, tonto? Quitá la mano...

—¡Qué quites la mano, niño! —Ari llegó a su altura y se la quitó.

—¡Ay, mi madre! — Martha casi se cae al suelo y Hugo, tuvo que cogerla en el aire, porque se desvanecía.

—¿Qué me pasa? Yo noto un dolor y un regustillo, así como a sangre.

—Aitor, ¿tú cuántos años dijiste que tenías? —le preguntó Ari con todo el arte.

—¿Yo? ¿Y para qué lo quieres saber? Que después no hacéis más que meteros conmigo.

—Nada, hombre, para saber si la paleta era de leche, porque si no te va a costar un dinerillo el implante—se rio ella.

—¿Qué paleta? —preguntó él, acojonado.

—Esta, esta paleta, ya decía yo que me había clavado un chino en un pie— Hugo levantó el suyo y la sacó de la planta.

—¡Ay, Dios mío! ¿Cómo se supone que voy a poder ir a la boda con una paleta menos? Yo es que me doy un tiro.

—Pues igual esta pistola está cargada, no sé—Marcos señaló a una que había encima de una mesa.

—Por el amor de Dios, ¿qué hace ahí una pistola? ¡Y hay sangre en el suelo! —chillé.

—Tranquila, que esa es de Aitor, anda que no ha liado nada—se quejó Dylan—. Vamos, que yo necesito un trago y tú otro, Aitor, que

antiguamente a los niños se les daba un traguito para que la encía cicatrizara antes.

—¿Vosotros os habéis creído que yo soy un niño de verdad? Yo me voy a cagar en todo lo que se menea, Martha diles tú que yo zumbo de lo lindo, anda...

—Sí, lumbreras, para eso está Martha—Manu estaba echándole aire porque la pobre apenas volvía en sí.

—Pues entonces díselo tú, Daniela—farfulló porque con la salida del aire no podía hablar con normalidad.

—Mejor te callas, no sea que Ethan te arranque la otra de un rechazazo, campeón—le aseguró Hugo.

—Pero eso será cuando aparezca, ¿y si lo han matado? Yo es que no puedo con más problemas. Cómo se me ocurrió pensar que tendríamos una boda en paz—me lamenté.

—Oye, guapa, que nosotros somos de lo más normalitos todos, qué culpa tenemos de que tu marido se haya perdido—Marcos era todo un consuelo...

—Ay, por favor, ¿y si le ha pasado algo? Que nosotros tenemos dos niños...

—Si es lo que digo yo, “bebe, bebe, que la vida es breve” —repuso Dylan.

—Capaz eras tú de darle otro traguito a la botella sin saber dónde está Ethan ni nada—se ofendió ella.

—No, no, que eso es de borrachos. A mí que me pongan una copa ahí bien preparada, con glamur, de las que subir a las redes...

En esas que Martha, volvió un poco en sí.

—Mi amor, ¿qué te ha pasado?

—Y yo qué sé, yo lo único que tengo es un dolor de campeonato en la encía, qué fuerte...

—Pues a ver cómo salimos de esta.

—Y, sobre todo, cómo sales en las fotos—le dijo Janis, acercándose a mirar el desaguisado que tenía en la boca.

—¿En qué fotos? Si a este paso no habrá boda, ¿o todavía no os habéis enterado de que el novio ha desaparecido?

—¡Que estoy aquí! —Escuché chillar y reconocí la voz de Ethan.

—¡Todos en silencio! Que creo haberlo escuchado.

—¿A quién? Ains, la pobre, va a tener un estrés postraumático de esos, ahora nos vamos a tener que gastar el dinerito en un bono de un psicólogo para ella, Ari, se acabó el viajar—le indicó Jenny.

—El estrés postraumático le quedó a tu madre después de echarte a ti al mundo, Jenny—le indicó Ari.

—No lo sabéis muy bien, entre eso y cuando tuvo que pagarle el carné de conducir...—añadió Dylan.

—¿Qué tendrás tú que decir de mi carné de conducir? —Se cabreó ella, como una mona.

—¿Que diste ciento cuarenta clases? ¿Puede ser? —le preguntó él.

—¡Que os calléis! —chillé porque para mí, que acababa de escuchar otra vez a Ethan.

—Pero mujer, ¿tú dónde dices que lo escuchas? —Se interesó Janis.

—Yo, por ahí...—Le señalé.

—¿Por el conducto del aire acondicionado? ¿Eso cómo va a ser?

—Que no, por allí, por...

—La pobre, al final lo que vamos a rodar nosotros en “Ghost”, que ya cree que escucha el espíritu de Ethan—Janis se encogió de hombros.

—¿Qué espíritu ni qué niño muerto? Yo he escuchado a mi marido—Salí corriendo y abrí la puerta del enorme armario empotrado.

Sin más, Ethan cayó hacia delante...

—¿Cómo podéis charlar tantísimo? Ahora soy yo el que está seco, ¡no paraba de chillar y nadie me escuchaba! —se quejó.

—Si es que nadie nos entiende. ¿A que necesitas que vayamos a beber alguna cosita? —Dylan lo ayudó a levantarse.

—Como una alcayata, me habéis dejado como una alcayata, ¿cómo puede ser?

—Pues eso digo yo, amor, ¿cómo puede ser? Yo solo recuerdo que tenía frío —le comenté.

—Y yo que fui a coger una manta y que alguien, borracho como un piojo, cerró la puerta del armario y eso que forcejeé y se escuchó un golpe, pero no tengo ni idea de quién fue.

Aitor comenzó a silbar y a mirar para otro lado.

—Lo mismo los demás sí que tenemos una ligera idea, amor. Hay alguien a quien la borrachera le va a salir por un pico.

Viéndose cogido, abrió la boca y Ethan es que flipó.

—No vayas a hacer tú también la bromita de que, si era una paleta de leche porque no, ¿eh?

—Una leche es la que te habrías llevado si me dejas a mí en el armario, chiquillo. ¿Tú no has escuchado eso de que si no sabes mearla no debes cogerla? —añadió Marcos.

Capítulo 13



Un día después todos estábamos preparados para el gran enlace, incluido un Aitor, al que conseguimos que le pusieran una paleta provisional.

—Y te planteabas si llegaría o no este momento, mi amor—me comentó Ethan, muerto de amor en aquella capilla...

Lo que tuvimos que lidiar en la puerta con la prensa no estuvo ni en los escritos, porque los paparazzi se agolparon de tal manera, que hasta Hugo tuvo que intervenir y, al más típico estilo Lola Flores, comenzó a decir eso de “Si me queréis, irse”.

Fue muy grande porque los paparazzi se miraron entre ellos sin saber quién era ese hombre y, mientras sí y mientras no, los novios entramos a la carrera a la par que nos llovían cientos de fotos.

Cuando por fin estuvimos dentro, respiramos tranquilos. Nos reunimos aquellos que nosotros decidimos que debíamos estar, ni una persona más ni una menos.

Yo, con mi sexy vestido corto con escote palabra de honor, de lo más juvenil, rematado con unas altísimas sandalias que alargaban mis piernas... Lo que en aquella ocasión me dijo Ethan al verme, en un ambiente mucho más distendido que en el de nuestra anterior boda, no puedo reproducirlo.

En cuanto a él, con un outfit también bastante más informal, estaba increíble con aquel traje en azul y sin corbata, con sus manos unidas a las mías, deseando que llegara el momento del beso al que esa vez esperaba.

Nuestros amigos no paraban de vitorearnos desde sus asientos, todos guapísimos como estaban, deseosos de vivir con nosotros ese momento.

—¡Vivan los novios! —exclamó Marcos antes de tiempo, que ese parecía vivir con prisa.

—¡Y viva la barra libre! —Cualquiera le quitaba a Dylan la idea de la cabeza.

—¡Y vivan también los buenos dentistas! —Aitor, estaba contento de no tener que aparecer en las fotos como “El Peíto” al que hizo famoso “El loco de la colina”. Con esa carita tan bonita que Dios le había dado sería una auténtica pena.

Yo me volví y los miré a todos, pensando que no podía estar mejor acompañada.

La ceremonia comenzó y me sentía en una nubecita. Cada palabra que nos decían quedaba anotada en mi mente, a sabiendas de que aquel era uno de

los días inolvidables de nuestras vidas. Y tanto que lo sería, qué poco me lo imaginaba todavía en ese momento.

—¡El dinero! ¿Dónde está mi dinero? —Un tipo con una pinta de mafioso que no podía con ella entró apuntando a Manu en ese momento.

—Huy, Ari, cómo me ponen los malotes—le soltó Jenny y yo es que la miré alucinada.

—¿Se puede saber qué...? — le preguntó Ethan al tío.

—Yo de ti me iría callando si lo que quieres es seguir disfrutando de tu vida con ese pibón que tienes al lado, ¿me estás oyendo!? —le chilló.

Yo no podía entender nada, absolutamente nada. Miré a Marcos y a Dylan, como los posibles autores de aquel desaguisado. Lo mismo Dylan se había ligado a la novia del tío o Marcos, le había dicho una de las suyas, provocando su ira, a saber... El caso es que al que tenía encañonado era a Manu, que sin duda sería el que no tuviese culpa de nada, con su saber estar.

El que tragaba también saliva ruidosamente era Carles, otro que era más bueno que el pan. No, si allí pagaríamos justos por pecadores. Madre mía cómo se nos había complicado la cosa...

Por Dios que no supimos cómo lo hizo, porque era imposible diferenciar si se trataba de Hugo o de Superman, solo que nuestro inspector no llevaba capa, pero cuando nos quisimos dar cuenta, lo había reducido.

—Ha sido ese tío, él me ha robado, ha sido él...—chillaba el mafioso mirando a Manu.

Flipando, nos quedamos todos flipando y Manu más que nadie.

—Cariño, qué miedo he pasado, qué miedo—Marisa se agarró a él, no entendiendo absolutamente nada.

—Pero, ¿de qué iba el tío ese? —preguntaba Aitor, mientras Andrew, alertaba a las autoridades y Hugo, amenazaba al criminal con darle un buen sopapo si seguía largando por la boca.

—Sin duda que será un perturbado, amor, no te preocupes—le contestó Manu a Marisa, con su elegancia habitual, ni se despeinó el tío.

No nos faltó un perejil, asalto de un loco incluido, en un día que estaba llamado a ser único en nuestros corazones.

—Si es que no se puede ser más guapo, si te llega a pasar algo me muero—Marisa, estaba conmocionada.

—Qué me va a pasar a mí, amor, ha sido un pobre diablo.

—Eso digo yo, ¿Qué nos puede pasar a nosotros de malo? —me preguntó también Ethan, con ojos de enamorado y sin saber que todavía correríamos un grave peligro aquel día.

Y es que, a la salida de la capilla, nos subimos todos en la limusina, una de esas preparadas para albergar a un montón de personas y en las que no falta un detalle, botellas de champán para brindar incluidas.

—¿Dónde está Jenny? —preguntó Ari, de lo más preocupada.

—Aquí, tranquilos que yo os llevo a todos sanos y salvos hasta el convite— nos dijo desde el asiento del conductor.

La jodida cerró el compartimento que nos separaba de los asientos delanteros y, al volante de la limusina, comenzó a coger las calles de Las Vegas como si aquello fuera un rally.

—¡La mato, la mato! —chillaba Ari, mientras las copas volaban.

Fue un día de ensueño, sustos incluidos que no tuvimos que lamentar, por suerte...

Nos despedimos de nuestros amigos al día siguiente, cuando ellos se volvían en el microbús con destino al aeropuerto al que llegaron, cercano a nuestro rancho. Ethan y yo nos quedamos allí, en el aeropuerto de Las Vegas, con la intención de disfrutar de una luna de miel de la que yo desconocía los detalles.

Esperábamos en la terminal correspondiente cuando Manu nos envió una foto:

“Me vais a perdonar, pero no pude resistir el estafar a ese mafioso...”

Según nos contó, el maletín lleno de billetes que salía en la foto se lo robó a aquel mafioso, de quien también era la pistola que apareció en nuestra habitación. Con unas cuantas copas de más, Las Vegas nos demostró que hasta el más juicioso de los hombres podía perder el norte, porque en “La ciudad del pecado” todo puede ocurrir.

Con ese dinero, ellos también se pegarían el viaje de sus vidas, todos juntos, pero más adelante y quién quitaba que nosotros terminaríamos acompañándolos cuando lo hicieran.

Capítulo 14



Estaba súper intrigada por ver adónde nos íbamos. La verdad es que no tenía ni la menor idea, hasta que en ese momento nos acercamos al mostrador de facturación que lo decía bien claro, Cancún.

—¡No me jodas! —me puse las manos en la boca.

—Tampoco hace falta que me lo pidas delante de todo el mundo —murmuró, haciéndome un guiño y colocando las maletas en la cinta.

Y sí, nos íbamos a Riviera Maya, y es que yo estaba loca por ir después de leerlo tanto en los libros de los autores de La Tribu.

Cuatro horas después ya estábamos en el caribe mexicano y un coche nos llevó al hotel. Un “todo incluido” de lujo en primera línea del mar.

Yo estaba flipando cuando nos recibieron con un coctel que estaba para bebérselo por litros.

—Amor, de aquí no me muevo en toda la semana, hay de todo.

—Verás cuando veas nuestra habitación —murmuró, ayudándome a subir a ese carrito que llevaba nuestras maletas y nos iba a llevar hasta la habitación.

—Esto es el paraíso, es diferente a todo lo que vi en aquellas islas.

—Tampoco hace falta recordarlo —dijo con ironía, volteando los ojos y causándome una risilla.

Y sí, nuestra habitación era un bungalow en una zona privada, ajardinada, con piscina propia y encima tenía un bar dentro, como la que había por los jardines en el hotel, pero esta para nosotros y también con acceso directo a la playa, vamos, estábamos sobre la arena de ella.

Le dimos la propina al chico y lo primero que hizo fue descorchar una botella de champán que nos habían dejado sobre el borde del jacuzzi que había junto a la piscina.

—Yo paso hasta de cambiarme —me quité la ropa y me quedé solo con mi braguita que era preciosa, en blanca y parecía un bikini. De todas maneras, estábamos en una zona privilegiada y si no salíamos por detrás, nadie nos veía, hasta el trozo de playa lo teníamos privado.

—Desnuda estás mejor —me besó y me puso la copa en las manos.

—Ay Dios, este sitio es tan bonito —murmuré, mirando a mi alrededor —. Como en esta semana me digas que echas de menos a los niños, te llevas la

colleja del siglo.

—Bueno, ya los echo de menos, pero me compensa pasar estos días aquí contigo.

—Paso, lo tuyo es muy fuerte, quiere más a esos niños que a mí.

—Lo sabes —sonrió, apretando los dientes.

—Pues yo te quiero más a ti que a ellos —hice una mueca.

—Sabes que no es así, pero lo haces para buscarme.

—Lo que tú no sabes es que te amo más que a mi vida y eso, sí que tiene delito —me metí en la piscina y el agua estaba perfecta. Ni fría ni caliente, a temperatura perfecta.

—Y lo que tú no sabes —vino detrás desnudo como su madre lo trajo al mundo —, es que me tienes loquito perdido y no precisamente de amor... —murmuró en mi oído sabiendo que, con eso, ya me había terminado de buscar.

—Yo me cago en todo lo que se menea ¿Cómo qué no te tengo loquito de amor? —resoplé y me di un golpe en la frente con mi mano.

—Me tienes viviendo la pasión de mi vida —me pegó contra él y mordisqueó mi labio.

—Ethan, eso que se nota...

—Sí —rio —, me has puesto muy malo cuando te has quitado la ropa.

—Pues ya sabes, hoy estoy en oferta —reí, agarrando su miembro y acariciándolo.

—Lo que no sabes tú, que yo lo estoy para ti toda mi vida —mordisqueó mi labio y me sentó sobre el borde de la piscina, no sin antes deshacerse de mi braga.

—Si cuando quieres me pones románticamente cachonda —murmuré, causándole una preciosa sonrisa que se le dibujó en su cara.

Metió su cara entre mis piernas y me apoyé hacia atrás con mis manos, mientras disfrutaba de aquella delicia que me estaba haciendo poner de lo más subida de tono.

Las piernas me temblaban, la cabeza se me iba hacia atrás, estaba retorcida con tanto placer y cuando estaba ya con sus dedos para terminar de hacerme llegar al orgasmo, me penetró, de una embestida y grité con todas mis fuerzas ante aquel clímax en medio de sus estocadas, aquello fue demasiado, pensé que me iba a desmayar.

Eso era comenzar unas vacaciones en el Caribe y ahora...

—Por estos días —brindamos, chocando las copas.

—Por estos días, mi vida —murmuró sonriente.

Nos liamos con la toalla y nos pusimos a deshacer las maletas, yo estaba encantada en aquel lugar y tenía ganas de disfrutar de cada momento de esas vacaciones tan merecidas y es que, nuestras vidas, no habían sido precisamente un camino de rosas.

Pero ahora estábamos aquí, juntos y confiados de que la suerte por fin se había puesto de nuestro lado.

Salimos a pasear por el hotel, estaba cayendo la noche y cenamos en una terraza que estaba de lo más romántica decorada, toda llena de velas y antorchas. Yo llevaba un vestido precioso, corto y con una caída hasta la rodilla espectacular, era de tirantes finos y un escote muy sugerente, pero elegante.

El hotel era elegante, muy exclusivo, pese a ser un “todo incluido”, era de los que una noche costaba un ojo de la cara.

Pedimos un surtido de canapés con un vino blanco, las mesas de alrededor nos habían reconocido y nos sentíamos el blanco de todas las miradas, pero nos daba igual, estábamos juntos y disfrutando de lo que había sido una boda de lo más mediática. Habíamos salido en los titulares de todos los medios internacionales.

—Mañana nos vamos de excursión...

—¿Adónde? —pregunté intrigada.

—A bañarnos en el cenote más bonito que puedan ver tus ojos.

—A mí eso me da yuyu —arrugué la cara.

—Te dará una de las mejores sensaciones de mundo.

—Una cosa...

—Dime, preciosa —acaricié mi mano por encima de la mesa.

—Quiero ir a pasear por Playa del Carmen un día, por esa Quinta Avenida y que me lleves las bolsas como un guardaespaldas.

—Sí ya —rí —. Te daré mi tarjeta.

—Te dolió mucho lo de la frase de los bolsillos llenos...

—Sabes que nunca fue así.

—Lo sé —reí —, entonces no entiendo porque te afectó tanto.

—No sé, me lo dijiste de una forma que se me quedó atravesado —apretó los dientes.

—Pues listo, ya no te lo digo más, eso a partir de que me lleves a lo de esa avenida a pasear por mis tiendas favoritas que leí que ahí están muchas de ellas.

—Esos libros de La Tribu te están haciendo mucho mal —apretó mi mano entre risas.

—Mucho bien, anda que no me he reído a carcajadas con ellos. Por cierto, ¿Cuándo te dicen la fecha del rodaje? —Iba a rodar la peli que tenía pendiente.

—En estos días me llegará el correo con toda la información, pero yo creo que, en un mes, no mucho más.

—Ese tiempo contrataré dos niñeras de refuerzo —reí.

—No, ese tiempo os venís conmigo.

—No podemos sacar a Carla del colegio.

—Podemos ponerle un profesor de pago homologado para que le de las clases y le sirvan de nota.

—No lo veo, no quiero cambiarle los hábitos.

—Me va a matar estar sin ustedes.

—Son dos meses y yo iré al menos tres veces por unos días a estar contigo. Los días que tengas que grabar menos escenas. De todas formas, son tres horas de avión.

—Tú irás por quitarte a los niños de en medio —rio.

—Que va —hice un gesto de eso más falsos que se podía ver a leguas.

—Si no fuera porque sé que los amas con todas tus fuerzas, con tus bromas pensaría que pasas de tus hijos por completo —reía.

Y así era, amaba a mis bichos con todo mi corazón. Mi Daniela era mi alma gemela de mujer, aunque es verdad que estaba muy Paris Hilton y chulesca, pero era una monería y con ese arte como que hasta no caía mal. Y qué decir de mi enano, ese que por muchas paredes que llenara de mierda, era mi vida junto a su hermana.

Esa noche después de la cena terminamos en una zona que era, como diría yo, del romanticismo, sonaban todo el tiempo baladas.

Nos pusimos en una de sus barras y pedimos dos cubatas. Ethan me agarró por la cintura y comenzamos a bailar esa canción, mientras me la cantaba mirándome con esa intensidad y brillo como solo él sabía mirarme. Era la canción “Todavía” cantada por Tamara. Me impresionó que se la supiera.

—*Todavía quiero ver llegar al fin la primavera* —cantaba, bailando con esa clase que tenía.

Me sentía la mujer más especial y amada del mundo, junto al hombre que tanto amé y fantaseaba cada día de mi vida.

Aquí estaba con Ethan, casados, después de haber vivido mil batallas, después de tanto...

Pero aquí estábamos, abrazados, bailando un tema que cada palabra tenía un significado especial para los dos.

—Me encanta bailar contigo y oler tu piel mientras disfruto de ese momento
—murmuró, agarrando mis manos antes de coger su copa.

En ese momento sonaba la canción “Adoro” cantada por David Bisbal.

Aquel lugar era de lo más romántico, te hacía conectar con la persona que tenías enfrente y te metías en aquel rincón con ese anochecer que lo hacía aún más mágico.

La verdad es que fue una velada preciosa la que pasamos antes de regresar a descansar.

Me llevo en brazos, como el novio lleva a la novia, ante la mirada de todos los que nos íbamos cruzando y nos saludaban y felicitaban.

La magia existe, ese día era pura magia...

Capítulo 15



Bañador, crema en la cara, un vestido corto bicolor y mi bolso de mimbre fino de un asa, era una monada, me encantaba, quedaba un poco largo y me daba un aire de lo más glamuroso con esa pamelita a juego.

—Estás preciosa... —murmuró, agarrando mi mano cuando salimos andando para desayunar a uno de los bares del resort.

—Me noto algo ahí en mis partes, como si tuviera un bicho.

—¿En serio?

—Sí —moví mis piernas.

—Vamos a volver a entrar —abrió la puerta y me bajé el bikini corriendo.

—La hostia, que me he dejado la pegatina protectora —me reí y vi que él negaba a punto de soltar una carcajada.

—De verdad, Daniela ¡No puedo contigo! —me agarró la cabeza con las dos manos y me besó la coronilla.

—Venga, vamos que me muero de hambre —apreté los dientes y volvimos a salir.

—Yo me muero de amor y no me quejo —apretó mi nalga y me besó la sien.

Nos sentamos a desayunar y una pareja se nos acercó para pedirnos una foto a los dos. Ya me estaba volviendo de lo más glamurosa.

—¿Sois de España? —les pregunté sonriendo.

—Sí, de Málaga.

—Como yo —sonreí.

—Lo sabemos, hemos seguido todo lo vuestro y hemos llorado con ustedes.

—No lo dudo. Sentí mucho cariño por parte de la gente —le acaricié la espalda a ella —¿Cómo os llamáis?

—Reme y Aurelio —sonrió, aquella simpática chica.

—¿Os queréis sentar? —les preguntó Ethan, señalando los asientos.

—Gracias —lo hicieron muy emocionados.

Tenían dos hijos, Aitor e Iker, pero se habían venido a pasar unas vacaciones juntos que les había tocado en un sorteo de la radio, sus primeras vacaciones lejos de sus hijos y se les notaba que muy bien no lo llevaban, pero se veían muy buenas personas.

Charlamos con ellos desayunando una hora, le propusimos que se vinieran con nosotros al cenote y aceptaron encantados. No se atrevían a salir solos por aquí, nunca habían viajado tan lejos.

Con Reme, tuve una conexión de esas que sabes que se crea un vínculo de esos fuertes. Tenía una preciosa mirada y un corazón de oro, se le notaba.

Un coche que teníamos alquilado para ese día con conductor nos llevó a un cenote que nos dejó a todos boquiabierto.

—¿Cómo pueden existir cosas tan bonitas en el planeta? —preguntó murmurando Reme y mirando a todo aquel alrededor.

—Bonitas nosotras, así que vamos hacia dentro.

Nos metimos y el agua estaba congelada, nuestros chillidos se debían de escuchar en toda aquella jungla en la que nos habíamos metido, pero merecía la pena vivir ese momento y ese baño que dejamos grabado con decenas de fotos.

De allí nos fuimos a otro cenote donde había un bar de madera y nos tomamos unas cervezas. Echamos otro rato muy bueno y es que, con Reme, yo estaba también muy a gusto, me caía genial esa paisana mía.

Ethan, estaba súper a gusto, en esos lugares tan recónditos nadie le andaba parando y, además, por su forma de ser, atendía a todos con mucho cariño y paciencia. Me encantaba esa parte de él, aunque a veces me sacara de quicio.

Terminamos comiendo en Tulum, además de paso entraríamos a ver ese conjunto de ruinas Mayas de lo que fue una ciudad, en la costa.

Impresionaba verlo, Reme y yo, no parábamos de tirarnos fotos con el palo selfi que yo llevaba y era mi fiel aliado. Le tenía el truco cogido y sacaba unas fotos increíbles. Parecía que nos habíamos casado Reme y yo, de ese día llevaba ya más fotos con ella que con mi marido.

De ahí nos llevaron a ver las pirámides de Cobá y un carrito nos movió por su interior, no había manera más que ir así o en bicis que eran taxis.

Ethan y Aurelio, no paraban de charlar todo el tiempo de deportes y esos temas que tanto les gustaban a los hombres. Nosotros con esas fotos que nos hacíamos íbamos de lo más felices.

Terminamos cenando en Playa del Carmen, todo esto sin pasar por el hotel. Le dijimos al chofer que nos dejara allí y dimos por concluidos sus servicios, luego cogeríamos un taxi.

Y es que esa avenida estaba de lo más animada, era preciosa, llena de firmas, restaurantes y tiendas en las que comprar infinidades de recuerdos, pero claro, eso otro día con calma que yo tenía que marcarme allí un Pretty Woman.

Cenamos comida mexicana, a todos nos gustaba y disfrutamos de unos auténticos platos de lo más ricos.

Y como no, luego terminamos con una sobremesa de Margaritas, un cóctel de excelencia nacional, con el que aprovechamos para tirarnos mogollón de fotos más.

Decidimos seguir las copas en el hotel y no allí, pasear entre tanta gente era estar parando Ethan, cada dos pasos para tirarse foto con todo aquel que lo iba reconociendo y que eran todos los viandantes.

En el hotel nos decantamos por un bar de playa que estaba animado, la gente estaba allí sentada sobre los pufs de la arena tomando las copas y lo mismo hicimos nosotros. Coger un rinconcito con cuatro pufs y una mesita de madera en medio y sentarnos frente al mar.

Resulta que Reme, me reveló un gran secreto ese día.

—Trabajo para los autores de La Tribu y soy la responsable de publicidad.

—¡No! —me puse las manos en la boca.

—Sí, no te lo quise decir para no ponerte en ningún compromiso. Me quedé a cuadros cuando te vi en este hotel. Sé el vínculo que has creado con ellos y lo que pasó con algunos —murmuró sonrojándose.

—Sí, me líe con Aitor y con Manu —solté una carcajada.

—Lo sé, me lo cuentan casi todo —reía.

—Ahora estuvieron todos en mi boda en La Vegas.

—Lo sé...

—Qué lástima que no te conocí antes, de lo contrario habrías venido.

—Tranquila, vi mil fotos y videos que me iban mandando.

Me encantaba Reme, cada vez más y es que me caía genial, era toda nobleza y sonrisa, era amable y buena persona. Daba una paz increíble y se podía charlar con ella tranquilamente.

Se meaba de la risa cuando le conté todo lo de Las Vegas en directo y lo de Jenny con la limusina, se meaba, literal...

Capítulo 16



Desayunamos en nuestro bungaló esa mañana después de haber estado un buen rato desfogando toda esa pasión que teníamos el uno por el otro.

Habíamos quedado en vernos por el hotel con Reme y su marido, a Ethan también les caía genial y oye, después de saber la relación estrecha que tenía con esos autores, como que la veíamos más de nuestra familia.

Las coincidencias no existen, eso decía mi padre y lo creía cada vez más. Reme y yo, estábamos predestinadas a vivir este viaje juntas, algo me decía que así era.

Además, la vida era sorprendente...

Le puse un mensaje, ya que me dio su número y le dije que se pasaran por aquí. Quince minutos después llegaron.

Se quedaron alucinados al ver que teníamos ese trozo para nosotros solos. Ellos estaban instalados en uno por los jardines, pero no tenía playa privada,

ni piscina con bar, ni terraza, ni nada, así que le propusimos pasar el día allí y ni se lo pensaron.

Es más, desayunaron con nosotros porque cuando los avisé, solo habían tomado un café.

—He estado hablando con Ari —me dijo Reme, sonriendo —, se quedó flipando cuando le dije que estaba con ustedes.

—Normal, soy yo y aún estoy en shock —me encendí un cigarrillo que ella me ofreció.

—Sabes...

—Dime bonita —miramos a los chicos que iban para la playa a darse un baño. Nosotras nos habíamos metido en la piscina, sentado sobre la barra y de ahí no nos movía ni Dios.

—Si el que me tocara este viaje era un sueño, el haberos conocido es algo que recordaré toda mi vida. Viví lo vuestro con tanto dolor...

—Me vas a tener para toda la vida, Reme. Mi casa es la tuya.

—Y la mía la de ustedes, eso sí, es un pisito —rio.

—Como si nos tenemos que ir a una tienda de campaña —solté una carcajada.

—Eres muy cercana, alucino contigo.

—Somos de la misma tierra, tenemos caracteres abiertos.

—Sí, pero no sé, con la vida que tienes...

—En un rancho. Demasiado bien estoy —reí.

—¿Te gusta vivir allí?

—Me encanta, me da mucha paz, esa que me roban los niños —me puse bizca y solté el aire.

—A mi hay veces que me dan ganas de tirarme del tercero para bajo, pero luego pienso que me puedo quedar coja o manca y con dos niños y ya es cuando me bebería un bote lejía.

—Eres un poquito exagerada, luego dice Ethan que yo —entré a la barra y cogí dos cervezas coronitas bien frías y les metí un trozo de limón.

—Poco soy para la que me dan los niños y cuando comienzan a pelearse entre ellos...

—Pues al menos el tuyo pequeño se puede defender, pero Carla, pone al chico a caer de un burro y el otro no sabe ni hablar. Solo dice, pan, mamá, papá y bibi —resoplé negando.

Y ahí que nos liamos a hablar de ese estrés que nos proporcionaban los niños y me sentía feliz de no ser la única. Que a veces pensaba que iba a ser la mala del cuento del mundo mundial.

Los chicos regresaron y se metieron en la piscina, bueno Ethan detrás de la barra poniendo copas y música. Entraba y salía, pero estaba por todos lados mi culo inquieto.

Ethan pidió que nos trajeran una bandeja de carne de barbacoa a mediodía, ya hecha, obvio y vino ese surtido con patatas bien fritas que tenía una pinta de infarto. Hasta pimientos fritos, la baba se me caía.

—Después de esto nos vamos a tener que ir a andar —dijo Aurelio y lo miramos las dos a punto de quererlo asesinar.

—No ando ni a la esquina, estoy de vacaciones —le contestó Reme.

—Te apoyo, amiga. A nosotros que nos lo pongan todo por delante.

—Eso es, que demasiado tenemos ya con bregar con los niños.

—Por supuesto, faltaría más.

—¿Serán descaradas? —murmuró Ethan.

—Sí, que bregamos con los niños.

—Y yo me quedo mirando, ¿verdad?

—No, tú los duchas, llevas y recoges a Daniela del cole, la llevas a actividades extraescolares, les das de comer y todo el resto lo hago yo — solté causando una carcajada en todos.

—Encima lo dice y se queda tan ancha.

—Vida mía, no me des la luna de miel que te conozco —le advertí.

—Encima, ver para creer... —reía negando.

Después de una comida de risas nos volvimos a la piscina, nos encantaba ese rincón tomando copas y al fresquito, mientras poníamos esos repertorios de música que teníamos en nuestros móviles.

Reme y yo, terminamos cantando la de “Se nos rompió el amor”, de Rocío Jurado, ahí a pulmón, como si fuera verdad...

Nos quedamos toda la tarde en nuestra villa privada, además pedimos hasta la cena a base de mariscos.

Hablamos de irnos a la mañana siguiente a pasear por la Quinta Avenida que estaba menos transitada que por la noche. Además, ellos querían comprar regalos para los niños.

Después de la cena nos quedamos en esa mesa charlando, tomando vino y nos dieron la una de la noche antes de que ellos regresaran a su habitación.

Capítulo 17



El día de las compras, el día de la felicidad... ¡Iba a quemar la tarjeta de Ethan!

Habíamos quedado con los chicos en el restaurante bufé del hotel, esa mañana íbamos a arrasar, lo teníamos todo pensado Reme y yo.

Fue vernos y con la mirada nos entendíamos, ya me había dado cuenta el día anterior que parecía que me conocía de toda la vida, con solo una mirada sabía que estaba pensando.

—Me voy a coger este donut, este pan al que le untaré un poco de Nutella, esas bolitas de chocolate y esa palmera...

—También de chocolate —terminó de decir Reme, mientras negaba a carcajadas —¿En serio te vas a comer todo eso?

—No, pero lo llevo para todos y vamos probando —me reí.

—Bueno, pues cojo yo el pan para todos y cosas para untarle.

—Vale, pero coge un poco de todo lo que puedas.

—No hace falta que jures que te levantaste con hambre —reía.

—Siempre tengo hambre, pero aguanto por norma general el genio —le saqué la lengua y eché dos donuts más.

Fui a la mesa que estaban los chicos tomando un café y lo dejé en medio.

—Es para todos —avisé antes de que me soltaran una burrada —. Hoy ustedes no os movéis que vuestras adorables esposas os van a poner el desayuno por delante —les tiré un besito al aire y me fui a por un tazón donde eché yogurt natural y cereales de chocolate.

—Te va a dar un dolor de barriga —dijo Ethan, negándome con ese tazón que parecía un cubo de playa.

—Sarna con gusto no pica.

—No lo escuché nunca, pero en parte es cierto —dijo Ethan.

—Los americanos es que os perdéis los mejores refranes.

—Como el del bastinazo —soltó Reme, causándome una carcajada.

—Hostias, yo nunca lo he dicho delante de él, pero joder es bueno.

—¿Qué es un bastinazo? —preguntó el pobre Ethan y Reme, me miró riendo y Aurelio miró a Ethan, como diciendo que la había acabado de liar.

—Mira mi vida, te lo voy a explicar lo más natural del mundo. Te la agarras con una mano, haces lo mismo con la otra mano encima de la otra y todo lo que te sobre ¡Es un bastinazo!

Las risas llegaban hasta la playa creo yo, fue de esos momentos en los que no puedes parar de reír y sabes que te vas a mear encima, pues en ese punto estaba.

Ethan estaba morado, no se lo esperó para nada y de la risa que le entró, se iba hasta ahogando. Menos mal que el pobre Aurelio, le dio dos manotazos en la espalda que casi hace que eche el hígado. En fin, bien comenzábamos el día.

Después de un desayuno en el que casi explotamos de comer y de reír, nos fuimos en taxi a la Quinta Avenida.

Fue bajarme y ver la primera tienda de una de mis firmas favoritas. Ethan se echó a reír y Aurelio, le dijo que mejor ellos esperaban tomando una cerveza. Le dijimos que era lo más acertado. Y tanto que lo era, así mirábamos más tranquilas.

Me enamoré de un bolso de shopping de esos de tela con el dibujo de la firma en medio, pero con un estilo que te cagas.

Compré dos y le regalé uno a Reme, que cuando se lo di no se esperaba que fuera para ella.

—Para que tengas un recuerdo mío.

—No, de verdad, no puedo, Daniela, esto es muy caro.

—No mires las cosas por el valor de su precio, sino por el cariño con el que te lo regalan.

—Joder, dicho así... ¡Gracias! —Me dio un abrazo.

—Yo para dar en la yugular es que soy muy buena, a Ethan lo tengo a base de frases que le crean traumas —me reí.

Salimos con una bolsita de esas de cartón de la firma de lo más glamurosa y nos metimos en una de ropa que también era la caña. Eran firmas, pero no de las caras, que yo de esas tonterías pasaba. No me iba a gastar en un bolso ni dos mil ni tres mil euros, ni loca. Máximo trescientos y en muy pocas ocasiones. Estas bolsas de compras habían salido sesenta euros. Nada del otro mundo.

Compré un par de camisetas blancas de cuello de pico, muy chulas, de otra tienda y a Reme, casi le da algo cuando le puse la otra bolsa en la mano.

—No, por favor, de verdad.

—Calla, que lo está pagando todo Ethan —me reí. Era broma, yo estaba con mi tarjeta, aunque Ethan nos lo hubiese pagado igual.

Dejamos a los chicos toda la mañana sentados, charlando en una terraza. Eso sí, nosotras íbamos apareciendo de vez en cuando a dejarles las bolsas, no íbamos a cargar con todas, y es que, esa mañana arrasamos con todo. Me compré todo lo que me apeteció y lo mismo le regalé a Reme, me apetecía y esa mañana era nuestra.

Comimos allí en un restaurante con piscina, así después de comer nos dimos unos baños y regresamos al hotel, a mi villa. Allí se estaba de muerte y teníamos piscina y playa para los cuatro solos.

Con Reme me sentía yo misma, podía hablar de cualquier cosa, era natural como la vida misma y aunque tenía un carácter menos fuerte que el mío, sabía llevarme bien. Que eso todo el mundo no sabía hacerlo.

Las horas se me pasaban de lo más rápidas y para estar con Ethan, tenía esas noches y esos amaneceres. Además, lo tenía ahí al lado, pero esas vacaciones con ellos estaban siendo de lo más simpáticas.

Pasamos todo el día ahí y decidimos que al día siguiente nos iríamos a visitar un parte acuático muy conocido en la Riviera Maya.

Capítulo 18



Ni que decir tiene, que a la hora del desayuno estábamos Reme y yo, dando saltitos como dos niñas pequeñas. Eso del parque nos tenía locas de contentas.

Me senté al lado de Ethan y ellos en frente. En un rincón muy guapo que no habíamos estado antes para desayunar.

Ethan acariciaba mi pierna por debajo de la mesa y yo las abría y veía como disimulaba esa sonrisilla que se le escapaba.

El muy mamón no dejó de hurgar por ahí y me puso como una moto.

—Hoy sí que me hubiera gustado que mis hijos estuvieran aquí para disfrutar de este día de parque —murmuró Reme.

—Yo también echo de menos a los míos en estos días —reí del placer y con ironía. A Ethan se le escapó una sonrisilla.

Cerré las piernas con fuerzas para que parara, no era normal que iba a terminar allí a gemidos en todas las narices de Reme y el marido, esos que no se estaban dando cuenta qué estaba pasando, pero joder es que Ethan, se estaba llevando la palma con este tema.

Nos fuimos al parque donde nos pusieron una pulsera de pase privilegiado y todo incluido. Eso sí, no sé de qué iba a valer porque una cosa es que tuviéramos el acceso rápido a todo y otra es que nos iban parando cada cinco minutos y sobre todo a Ethan, que parecía que ese día se lo iban a comer vivos ¡Como estaban las féminas!

—Tampoco hace falta que le pongas las tetas en la cara para la foto —le solté a una que le pidió una foto y Reme, explotó de la risa.

—Las tengo a la altura que las tengo, aún no se me cayeron como a ti.

—La diferencia es que ahora no voy a tirar la foto que has pedido y ese que está ahí, se viene conmigo y estas dos tetas—dije, señalándomelas—, que tampoco es que las tenga en el suelo. Lo que sí es que no las tengo operadas y eso, eso tiene un tacto que las tuyas en la vida podrán tener. Recuerda que yo también me las puedo operar, pero no me sale del coño ser una muñeca hinchable más —la cara de Ethan era un poema.

Allí la dejamos sin fotos y Aurelio y Reme, iban llorando de la risa.

—Cariño no debes ponerte así, ¿qué más te da las operaciones que lleve si yo solo tengo ojos para ti?

—No me da la gana que te pongan las tetas de biberón. Ni que estuvierais en una peli y te pagaran por ello.

—No seas tonta.

—Ni tú demasiado listo, que ya sabes que te corto rápido las boberías.

—Dime una cosa...

—No, no te lo voy a decir porque sé lo que me vas a preguntar. Pero tú, sí, tú, dime una cosa a mí. ¿Qué te parecería que esta noche me monte una orgía con los del hotel?

—Eso estaría muy feo...

—Pues lo mismo está ver cómo te las ponen a la altura de la boca, así que, si no quieres castañas, no me obligues a abrirlas —me adelanté enfadada.

—Que nadie te robe la paz, bonita —murmuró Reme, cogiéndome del brazo.

—Es que todo el mundo se cree con derecho para acercarse a él y se piensan que todo vale. Venga biberón, ¿no tienen algo más coherente para llamar la atención?

—No tienen cabeza.

—Pues aquí estoy yo para mandarlas a la mierda y a lo español. Alto y claro.

En ese momento y como si la vida se tratara de una broma, me paró un par de chicos de lo más guapo.

—Perdona, Daniela, seguimos tus redes —murmuró uno de ellos —¿Es posible que te hagas una foto con nosotros?

—Claro —me puse en medio de ellos y me estiré imitando a la tía que se la quería hacer con Ethan. Es más, me anudé la camiseta a un lado de mi barriga dejando mis caderas al aire.

La cara de Ethan era un poema y yo diciendo a Reme que nos tirara otra foto y otra y poniéndome de mil posturas. Si quería ajos, yo le iba a pelar la cabeza.

—Eres muy cercana y simpática —dijo uno de ellos.

—Nada, un placer, eso sí, pasadme por privado las fotos a Instagram.

—Claro —sonrió.

Anduve rápido para ponerme delante con Reme.

—No veas la cara de tu marido, el pobre.

—Que sienta en su piel que se siente.

—Ya, pero mujer, él es tan bueno...

—¿Y yo soy mala, Reme?

—¡No! Pero me refiero a que se ve que te ama con todas sus fuerzas.

Nos metimos debajo de unas cascadas donde había un bar, sí, en medio de un cenote de ese parque, era alucinante, además de la música esa tan relajante que ponían.

—¿Mejor?

—Ethan no me toques las narices.

—Pero yo no tengo culpa de que se me acerquen y...

—Pues no las agarres por la cintura ni por el hombro, quieren una foto no un masaje corporal.

—Lo hago con cariño.

—Pues por eso, yo también. Así que... —hice el gesto con mis dedos de echar una cremallera a la boca.

—Te voy a decir una cosa, eres una enana celosa —comenzó a hacerme cosquillas y me puso debajo del agua que caía a modo de cascada.

—Pues yo te voy a decir otra... Esta enana celosa te tiene todo dominado —
sonreí con ironía.

—Ven para acá, anda —me pegó a él y me besó.

—Qué bonito, por favor —murmuró Reme y la miramos sonriendo.

—Yo también te doy esos besos —dijo Aurelio.

—Ya, pero no eres actor ni me has tenido cinco años soñando contigo como
es el caso de ella.

—Ya comienzan las comparaciones —volteó los ojos y nos reímos los tres.

De verdad que pasamos un día de lo más divertido y bonito, aquel parque
era magia en aquel espectacular lugar que era pura selva y desembocaba en
el mar.

Capítulo 19



Ese día se iban Reme y Aurelio a una excursión a Isla Mujeres, que iba incluida con el viaje. Nosotros nos decantamos por quedarnos tranquilos en la habitación así que nada más levantarnos, comenzamos a deshacernos en besos y terminamos follando en el suelo.

—No sé cómo nos la apañamos, pero siempre terminamos en el suelo —
murmuré entre risas.

—¿Y no será que nos gusta?

—A mí me gusta en el suelo y hasta cuando me penetras con tanta fuerza que veo de cerca el techo —solté, causándole una carcajada.

Desayunamos en la villa, mirando al mar mientras disfrutamos del relax y la calma. Me reí recordando a mis dos enanos que, si estuvieran por ahí, yo ya tendría la garganta rota de chillarles que parasen.

Había una gaviota revoloteando por allí, pero no era de las descaradas que se acercaban a robar, a esta le iba tirando trozos de pan a la arena y bajaba a llevárselos. Conseguí tirarle un pedazo de foto de esas que se veían de postal.

La miraba mientras me venían recuerdos de todo ese tiempo, lo que me había tocado vivir, ese embarazo en el que lamentablemente Ethan había estado en la cárcel de forma injusta. Era todo tan desgarrador, pero a la vez, quieras o no, esas cosas te unen.

Y como cuando hay unión, hay mucho amor y confianza, pues esas confianzas precisamente eran las que conseguían que yo me volviera de lo más lengua suelta, pero sabía que, a él, le sacaba muchas sonrisas hasta cuando me enfadaba y lo sacaba de quicio, siempre terminaba riendo, abrazándome para calmar esa rabia que me salía sola.

Después del desayuno fuimos a darnos un baño a la playa y luego decidimos coger un taxi e irnos a Playa del Carmen, además de la Quinta Avenida, allí estaba la playa que conectaba con este hotel y que, se ponía de lo más animada. Además, estaban llenas de bares.

Y en uno de lo más exclusivo nos plantamos a tomar vinos, en primera línea de mar y en un sofá de esos de playa que eran de lo más divinos de la muerte.

Les hicimos una videollamada a los niños.

—Mamá, mi hermano se está buscando que cualquier día lo meta en el armario y lo dejé ahí encerrado por lo menos dos horas.

—No, hija, no, tú eso no lo puedes hacer —le dijo el padre.

—Carla, por Dios, no me vayas a dar ningún disgusto que estoy en mi luna de miel.

—Mamá, por eso me estoy portando bien, pero me está matando la paciencia y le dio por jalarme del pelo —murmuró mientras el pequeño reía mirando a la cámara sonriente.

—Ethan, pórtate bien que, si no, no te llevo unos cochecitos que te he comprado.

Su cara fue para comérsela, sacó labios formando una o y comenzó a aplaudir. Eso sí que lo había entendido.

—Mamá, ¿y a mí qué me has comprado?

—Un montón de maquillaje para el tocador que te regaló papá de madera.

—Y joyas, mamá, quiero joyas.

—Pronto empieza —volteé los ojos.

—Papá te comprará joyas, pero te tienes que portar bien hasta que lleguemos.

—Claro que sí, papá, pero muchas joyas que yo parezca la Rosalía esa española que canta, “Con altura”.

—Vale, vale —murmuró él, que, conociéndolo, se iba a meter en cualquier tienda de bisutería barata y le iba a comprar de todo para tenerla contenta.

Colgamos la llamada y nos echamos a reír, no nos quedaba de otra, la verdad es que se nos caía la baba con esos dos personajes a los que queríamos más que a nuestras vidas.

Comimos en aquel rincón, nos habíamos adjudicado el lugar y es que no apetecía moverse de allí.

La atención era de lo más exquisita, las copas servidas con mucho mimo y la comida preparada de lo más meticulosa.

Y ese amor que se respiraba por todos lados, y es que Ethan, siempre estaba pendiente a mí y tenía una palabra bonita en su boca.

Lo bueno de aquel lugar es que no dejaban que se molestara a nadie y teníamos el privilegio de estar los dos solos disfrutando de nosotros.

Un baño, un abrazo, una buena charla y así nos pasamos todo el día en aquel lugar tan paradisíaco.

Luego, más a la fresquita nos fuimos a pasear un rato por la Quinta Avenida, antes de que se pusiera más llena y no se pudiera ni andar dos pasos.

De nuevo hice un Pretty Woman y es que vi unos modelitos de bañadores y ropa de playa que eran de lo más bonitos y joder, que estaba de luna de miel y había que darse unos caprichitos.

Regresamos a la villa donde ordenó que nos llevaran la cena, unas brochetas de langostinos que nos hizo las delicias del paladar, junto a un vino blanco afrutado que estaba de muerte.

—Necesito mucho vino, sexo y despiporre —dije, echándome en su hombro mientras cenábamos.

—¿Cuánto de cada? —murmuró, besándome la cara.

—De sexo infinito, de vino hasta perder el control y de despiporre toda una vida.

—Dicho así, da miedo.

—Lo que da miedo es dejar la vida pasar y estar siempre en manos de ella —me giré y me subí en sus piernas mirando hacia él. Este no tardó en agarrarme por las nalgas.

—¿Y por eso nos tenemos que beber la vida?

—Por eso y porque es nuestro momento —me moví un poco para aumentar ese roce.

Me levantó cogiéndome en brazos y me llevó a la cama dejando todo por medio en aquella terraza.

Me colocó sobre la cama y arrancó mi parte de abajo del tirón, no tardó en poner su cara entre mis piernas mientras elevaba mis caderas.

Agarré los barrotes del cabecero y grité con aquella intensidad, me ponía como una bomba atómica a punto de explotar.

Hacerlo con él, no tenía desperdicio, ese cuerpo, esa manera de agarrar, tocar, elevarte... ¡Lo era todo!

Capítulo 20



No sé en qué momento, pero ese día estábamos en uno de los bares nocturnos y que se ponían muy animados por los jardines del resort, mirando hacia el mar.

Yo estaba bailando emocionada con Reme, una canción muy pegadiza que no había escuchado en la vida cuando otra tonta de turno se acercó a Ethan, para tirarse un selfi con él. Eso sí, lo agarró del cuello y me lo iba a ahogar. En mal momento, yo feliz y con cuatro de copas de más... ¡Esa no sabía dónde se había metido!

—Killa —dije muy en andaluz —, a ese me lo respetas y no me lo agarras así. Si quieres una foto, te pones al lado, pero sin tocar —dije en tono serio, jalando de la mano de Ethan y separándolo de ella.

—Te crees que, porque hagas eso, lo vas a mantener a tu lado. Tenéis los días contados —sonrió.

Y fue en ese momento que fui a saltar como Karate Kid, en lo alto de ella, que me agarró Ethan por el aire y por la cintura.

—No le hagas caso, mi vida — murmuró pegándome a él.

—Sal de aquí, que como me suelte no respondo y saco el Dóberman que llevo dentro.

—Sí, un poco de cara de perra llevas —dijo, girándose y riendo.

En ese momento no sabía que se iba a comer todo ese puño de arena que tenía preparado Reme y con el que le tiró en toda la cara ante el asombro de su marido y nosotros.

—A esa no me la tratas así porque es mi amiga —dijo apretando los dientes mientras la otra se quitaba la arena de los ojos.

—Suéltame Ethan —dije intentando deshacerme de él, pero sin éxito —que a esa le pongo el vestido guapo.

—Mira subnormal —me dijo esta —, tu marido te lleva poniendo los cuernos desde el principio, que eres tonta, muy tonta —dijo acercándose prudentemente y le metí una patada en las espinillas que por su cara parecía que estaba haciendo la o con un canuto.

—Esto lo voy a contar en la tele.

—Pero por escrito, porque cuando te coja, la boca la pierdes —grité mientras Ethan, se dejaba la vida por no dejarme suelta.

—Que te den, fea —me dijo marchándose y haciéndome una peineta.

—Flea tú, que tienes más operaciones que la de la serie “Ellas” —me giré y miré a Ethan —. Y de todo esto tienes la culpa tú, que vas provocando todo el tiempo, que sonríes hasta a las lagartijas, ya estoy hasta el mismo moño por no decir el coño, que suena muy mal.

—¿Yo, provocando? —Me soltó cuando se aseguró que la otra estaba fuera de nuestras vidas ¿En serio, Daniela?

—En serio —lo miré enfadada —. A la próxima que se te acerque, le coges el culo, es lo único que te falta.

Me fui hacia una mesa alta de madera que había por la arena y Reme vino detrás.

—El pobre se ve cohibido con estas cosas, debes entender en la posición que está.

—Pues que hubiese sido bombero.

—Entonces no te habría conocido.

—Ni falta que me hace.

—No seas tonta —rio —, lo amas mucho, solo que estás con dos copas y te entraron celillos.

—Calla, Reme, calla que cobras.

—No, conmigo no —reía, haciéndome cosquillas.

—Que me dan mucha rabia, las listillas que se acercan y no respetan. Si al menos respetaran...

—Lo sé, pero Ethan, solo tiene ojos para ti.

—Tonto no es.

—Ni va de listillo, eso se ve. Muere por ti.

—Ya, pero debería frenar ciertas cosas.

—Seguro que después de esto lo hace.

—Mas le vale, porque te juro que se está jugando un bono a que no le hable en un mes y está adquiriendo todas las papeletas.

—No digas más tonterías —murmuró Ethan, acercándose y abrazándome por detrás.

—Joder que últimamente nada más que te ponen tetas en la boca.

—Pero yo solo quiero las tuyas.

—¿A qué me las opero?

—No —rio—. Entonces no serían las que me enamoraron.

—¿Lo ves? Te enamoraron mis tetas, ya sabía yo...

—¡No! —reía negando y Reme se bebía los chupitos de dos en dos — De verdad, cuando te pones así pareces una cría.

—Sigue insultando.

—¿Pero a quién insulté? —resopló apoyando su brazo sobre la mesa y su cabeza sobre este.

—Hazte ahora el indignado.

—Si no fuera porque te quiero... —rio, mirándome.

—¿Me descambiabas?

—Eso sé te quedó grabado —reía.

—Yo no me entero de nada, pero estoy viendo la novela —murmuró Reme, encendiéndose el cigarrillo y Aurelio, la miró a modo de riña para que se callara.

Al final me tuve que reír, sí, estaba muerta de celos, me daba mucho miedo que viniera otra mujer y me arrebatara lo que más quería en mi vida, junto a mis hijos, claro.

Capítulo 21



Dos días después...

En la piscina metidas Reme y yo ese día con unas copas de ron con cola y cantando a pulmón la de Blas Cantó “Él no soy yo”

Y luego por Andy y Lucas, desde luego que nuestro repertorio era parecido y es que nos emocionaban los mismos autores, por no hablar de Malú, la reina del escenario.

Los chicos estaban charlando y viendo un partido de futbol en esa pantalla de la terraza, era un partido repetido de hace años que estaban retransmitiendo por un aniversario de no sé qué. Ya se sabe que los hombres ven el futbol, aunque sea repetido por quinta vez, pero nos daba igual, poco bien que lo estábamos pasando la Reme y yo, cantando a todo pulmón.

—Mañana se acaba lo bueno... —murmuró Reme con tristeza.

—¿Y lo que hemos disfrutado?

—Es verdad —sonrió y acarició mi mejilla, momento en que aproveché para acercarme y besar yo la suya.

—Sabes...

—Dime, hermosura.

—Me voy de aquí con el corazón lleno y dos amigos que sé que serán para toda la vida.

—Y te quiero ver con los niños por el rancho.

—Ojalá, se me realizaría como un sueño, ir a California.

—Pues ahora tienes la oportunidad.

—Lo miraré, ¿eh?

—Tonta eres si no lo haces —sonreí.

—Y tú tienes que regresar por Málaga, allí tienes mi pisito.

—Pues claro que iré, pero de todas formas allí tenemos casa —sonreí.

—Es verdad —se dio en la frente una palmada.

Seguimos allí un buen rato hasta que decidimos irnos a comer por el hotel, ese día había que quemarlo y aprovechar hasta el último minuto.

Al final terminamos después de la comida, con todo el peso del calor, por la Quinta Avenida y es que tanto Reme como yo, queríamos ver más cosas para llevar a nuestros hijos.

La cara de Ethan y Aurelio viendo como comprábamos de todo, eran un poema, pero eso sí, solo gesticulaban haciéndose los graciosos, en el fondo para ellos, todo lo que se les llevara a los niños, era poco.

Ese día fue muy entrañable, era el último, pero como decía Reme, nos íbamos a ir con el corazón lleno.

Por la mañana desayunamos con ellos y ya nos despedimos. Nos llevaron al aeropuerto donde hicimos un poco de tiempo y un rato después, ya estábamos en el avión volando para California, como marido y mujer, a reencontrarnos con nuestros hijos.

Rafael nos recogió en el aeropuerto, no tardamos en llegar al rancho donde los niños nos esperaban sonrientes y corrieron a nuestros brazos. El pequeño se arrastró cuando se cayó.

—Mamá, ¿qué me has traído? —preguntó Carla, cuando la abracé.

—¿Es lo único que te interesa? —resoplé riendo.

—No mamá, también que estéis bien —sonó de lo más falso, pero me tuve que reír mientras ahora cogía a mi pequeño.

—Espero que te hayas portado bien —le dije mientras reía a carcajadas nerviosa de vernos ahí.

Me senté en la mesa grande de madera que había en la cocina y me tomé un café mientras les entregaba a los niños los regalos y se emocionaban con cada uno de ellos.

—Qué de joyas mamá, ya puedo ser influencer.

—Procura sacarte una carrera y luego ya hablas en esos términos.

—Mamá, las influencer no tienen por qué tener estudios.

—Madre mía, ¿quién le enseña esas cosas a la niña?

—Su madre —murmuró riendo Ethan.

—Mejor su madre que su padre, ese que sí le enseña otras.... —Volteé los ojos.

—Mamá, no vale enfadarse, acabáis de casaros y venís de comeros la miel en la Luna. Durad un poquito por nuestro bien de cabeza —soltó, causándonos una carcajada tremenda.

—A tu madre que le gusta meter el dedo en la llaga —dijo, marchándose a cambiarse.

—Me cambio y ahora vengo —le dije a los pequeños y miré a Ximena, que me asintió con la cabeza para que fuera tranquila.

Entré al baño y Ethan estaba desnudo a punto de darse otra ducha, ese hombre se lavaba sobre limpio.

—Joder, que cosa más fea —murmuré bromeando, mirando hacia su miembro.

—Daniela, te la estás buscando... —murmuró riendo y negando, apoyándose en el lavabo.

—Joder y me dirás que también es mentira ¿Qué tiene de bonito un palo en medio de dos bolas chinas?

—¿Chinas? —reía.

—Es que al menos si supieran a chocolate, pero joder ¿Cómo se puede decir que tienes ganas de comer algo así? Yo no entiendo a la gente. Yo la como porque no tengo más remedio, que si no...

—Daniela —carraspeó y me pegó contra él —¿Me estás vacilando?

—No —reí echándome en su pecho.

—Estás últimamente de un tonto muy grande, te están pudiendo los celos.

—No me toques la moral y no vayas por ahí —reí, advirtiéndole mientras este comenzaba a desnudarme.

Y lo hicimos en el suelo del baño. Qué raro, ¿verdad?

Era feliz, pese a mis miedos, lo era y mucho.

Capítulo 22



Esa mañana fui a una entrevista a Los Ángeles que me iban a hacer para una revista muy importante de tirada internacional, además, con sesión de fotografía incluida y por la que me iban a dar una suculenta suma. Para algo me había casado con uno de los actores más queridos del mundo.

Que a nadie se le olvide que fui yo quién le fui dando los mejores papeles para la gran pantalla. Que os veo murmurando que todo lo que tenía era gracias a él y no, que mi padre me dejó muy bien protegida y a este lo ayudé yo, le pese a quién le pese.

Dicho esto, sigo, es que de vez en cuando hay que hacer algunos altos en el camino para aclarar las cosas, que luego parece una que va de haber dado el braguetazo de su vida y no, no es así.

¿Lo ves? Pues eso, que estaba muy susceptible y así me tiraba todo el tiempo.

Me recibieron con todos los honores del mundo, allí no había más peloteo porque no se podía, pero que manera de regalarme los oídos, como si fuera tonta y no me diese cuenta. Aunque entiendo que haya muchas celebritis que le gusten que le hagan la pelota de esa forma tan desmesurada, pero a mí, me enervaba por completo.

Fue una sesión de fotos de lo más bonita, me encantó como quedaron todas, les di vía libre para que usaran las que quisieran y luego, me senté para la entrevista que sería plasmada en la revista.

—¿Qué supone estar casada con alguien como Ethan? —me preguntó esa periodista que sí, que me caía bien.

—Supone saber que vas a vivir en un mundo paralelo, en el que no puedes hacer ciertas cosas con naturalidad, supone que vas a salir a la calle y alguien se parará para pedir una foto o que aparecerá la prensa y te hará preguntas que ni tú sabes de donde salen. Quitando todo eso, vivir con Ethan es vivir en familia, retirados en el rancho, volcados en nuestra familia. Supone vivir un amor en el que los dos estamos muy equiparados. Los sentimientos son mutuos.

—¿Cómo es como padre?

—Como ya te dije, es muy familiar, ama a sus hijos, invierte su tiempo en ellos, se preocupa por su higiene, educación, por jugar con ellos, es un gran padre.

—¿Es celoso?

—No, pero sí, no lo expresa ni te hará sentir mal en ningún momento, pero de vez en cuando deja caer algo que detectas que en su momento le causó celos, pero lo supo sobrellevar, aunque lo lleve dentro y lo exteriorice al tiempo.

—Y tú, ¿eres celosa?

—La más de todas —me reí—. Aunque es verdad que no se lo voy a reconocer nunca.

—Pero imagino que esta entrevista la leerá.

—Y yo le diré que lo dije por decir —reí.

—¿En qué os afectó todo lo que os pasó? La entrada en prisión, la extorsión.

—Nos hizo crecer como personas, tener las cosas más claras, saber que estábamos hechos el uno para el otro, aunque también nos puso al borde del precipicio, como fue el caso de cuando entró en la cárcel. Pero en estos momentos es verdad, que prefiero ni hablarlo, aún duele y quiero mirar al futuro con una sonrisa.

—¿Tienes siempre esa sonrisa?

—No, soy muy temperamental y estallo como la dinamita cuando menos lo espera. Lo bueno es que él es paciente y sabe cómo lidiar con las situaciones.

—Dicen que vuelve a rodar.

—Sí, se va en unos días y está de los nervios. Quería llevarnos a todos, pero no quiero cambiar a la pequeña sus hábitos de la escuela, ni al pequeño su entorno en el hogar. Es momento de esperar en casa mientras papi trabaja. Yo iré cada cierto tiempo a verle y estaré dos o tres días con él.

—Fuiste su fan, fuiste la encargada de que recibiera los mejores papeles de su vida, fuiste quién lo amó antes de conocerlo ¿Cómo se ve ahora después de tanto tiempo y ya a su lado?

—Se ve muy diferente, te das cuenta de que las personas son personas y lo seguirán siendo siempre pese a lo que la vida le esté poniendo de posibilidades y éxito. A él, nada de eso lo cambió como persona y se mantuvo con los pies en el suelo.

—¿Le perdonarías una infidelidad?

—No, rotundamente no, jamás, bajo ningún concepto.

—Y él, ¿crees que te la perdonaría a ti?

—No sé, pero yo no haría jamás lo que no quiero que hagan conmigo y menos a él, no se lo merecería. Además, ¿crees que puedo encontrar algo mejor por ahí? —Le hice un guiño.

—No, sin duda, no —rio—. Ya sabes que Ethan, tendría miles de mujeres dispuestas a ocupar tu lugar.

—Sí, lo sé —sonreí —, pero no, no lo cambiaría por nada. Es un gran padre, un gran marido y la persona que mejor me sabe aguantar.

—¿Más hijos?

—No, pero siempre es un no de los que no son rotundos. A veces me desespero como madre, pero luego miro la recompensa y es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—La adopción de Carla que supuso para ti...

—Como sabéis la adopté estando soltera, no estaba en ese momento con Ethan, fue esa fuerza que me dio para superar muchas cosas. Creí que cambiaría su mundo, pero ella cambió el mío. Fue algo recíproco, un amor de esos que traspasan barreras. Luego se ganó a Ethan, pero a pasos agigantados.

—No hay diferencia entre uno y otro hijo.

—No —sonreí—. Es más, Carla aún es como la primera y deja esa fuerza ahí que se palpita cada día. No puede haber diferencia. Un padre jamás sentirá que es parir y no por eso, ama menos a sus hijos. Si digo la verdad, el parto de Carla, fue más bonito, sin dolor, nuestras miradas se encontraron y sabía, que sería mi niña para siempre. El pequeño, bueno, mi gran amor también, pero dolió parirlo, vaya que, si dolió, pero no por eso se quiere más.

—Hay personas que piensan que lo que se quiere a un hijo parido, no es lo mismo que adoptado.

—Pues muy bien, yo pensaré que es incapaz de amar a su marido en plenitud, total, no lo parió. Quién ama, no necesita lazos de sangre, lo hace desde su corazón y eso no hay parto que lo alimente si no lo tienes bien construido. Por eso digo que por un lado me da temor un tercer hijo, ya que a veces me quiero meter debajo de la cama, pero por otro, si tiene que venir vendrá...

—Me encantó escucharte.

—Gracias por esta entrevista —sonreí y terminamos.

Me despedí de todos y un coche me llevó al rancho donde me esperaba Ethan y los niños. Sonrió al ver que yo lo hacía y que esos nervios ya habían pasado.

Capítulo 23



Faltaban pocos días para Navidad y yo ya estaba más mosqueada que un pavo en esas fechas porque un malestar un tanto “sospechoso” me invadía por las mañanas.

Para colmo, a los niños les habían regalado unas panderetas y yo estaba del típico “*25 de diciembre fun, fun, fun...*”, hasta el kiwi, hasta los mismísimos ovarios y hasta todo lo que un ser humano pudiera estar.

—Pero vamos a ver, Carla. ¿Es que no hay manera humana de descansar en esta casa? Yo me voy a tirar por una ventana...

—Mamá, pues lo único que te vas a hacer son un buen par de bollos, ¿o te has creído que el rancho es un rascacielos?

Encima sabihonda, ¿no era para comérsela? Pero para comérsela de verdad, con su guarnición, su buena ensaladita al lado y todo lo que conlleva una comida en condiciones.

—Hija, como baje yo las panderetas van a ir para la basura.

—¡¡¡Nooo!!!! —Empezó a chillar y a patalear el pequeño Ethan, que ese también se había empeñado en matarnos de un susto, por la sencilla razón de que hacía unos días, en plena rabieta, se nos había puesto lila, pero lila como el Teletubbie de ese color y creíamos que se nos había ido.

Y claro, una mucho soltar por la boquita, pero si se me llega a ir el niño me voy yo detrás, bien lo sabe Dios. De manera que ahora encima debía tener cuidado con cómo le hablaba, porque el susto fue morrocotudo y cuando el niño por fin volvió en sí, el vahído me dio a mí.

Total, que Ximena tuvo que terminar preparando la tila por litros. Esa mujer eran mis pies y mis manos, si un día me pedía la cuenta entonces sí que me daría igual lo que dijese Carla, yo me tiro por la ventana y punto.

—Parece que tienes un poquillo de mala cara—me comentó Ethan, mientras me daba un cariñoso beso en la sien.

—¿Un poco de mala cara? Si es que ya ni descansar se puede en esta casa con la banda de música. Mira, al próximo que le quiera regalar un instrumento musical a los niños lo fusilo, no sé si me he explicado.

Ethan se rio de un modo que también me mosqueó y me fui para él, como “La niña del exorcista”, solo me faltaba hablar en lenguas muertas. Aunque a veces hablaba, es decir, más bien relataba... Y tanto que lo hacía.

—¿Tú, de qué te ríes? No me vayas a decir, por el amor de Dios, que les tienes algo preparado.

—Te prometo que yo no, cariño—me volvió a besar en la frente, en modo protector.

—¿Y a ti qué te pasa hoy? Es que me estás dando los besos en la frente, como si fueras el Papa, ¿es que me voy a morir o algo? Ay, Dios mío, ya sé lo que es... ¡Maldita sea! Han llegado los resultados de los análisis que me hice el otro día y tengo algo malo, ¿no es eso? Si ya lo decía yo... qué desgracia y recién casados.

—¿Qué estás diciendo, cariño?

—Que sí, que sí, amor, no me vayas a decir que no. Que nos va a pasar como a María de las Mercedes y a Alfonso XII, que fue una historia tan romántica y triste. Pobrecitos, él le cantaba “*Adiós carita de rosa, adiós mi querida esposa...*”

Ethan es que se tronchaba, literalmente se tronchaba.

—Pero, ¿cómo se puede ser tan peliculera? ¿Y el actor soy yo? Es que me troncho, me troncho. ¿De dónde has sacado esa antigualla?

—Bien bonita que es esa historia y muchas veces que he visto yo la película de pequeña, de la historia de España no te me vayas a reír que estoy de muy mala leche.

—No, mujer, cómo se me va a ocurrir a mí semejante cosa, yo de lo que me estoy riendo es de ti, que servías para venirte a grabar conmigo. Tú estás

sana como una pera, lo único que un poco estresada. Mira, hoy es viernes, esta noche nos vamos a ir a la cabaña tú y yo.

—¿A nuestra cabaña? Ay, sí, es lo que necesito, no te imaginas cómo lo necesito.

—¿Que no me lo imagino? La madre que me trajo al mundo, menos mal que no me lo imagino. Cariño, ahora voy a salir a montar un poco a caballo, ¿no te importa?

—No, no, tú tranquilo, que ya bajo yo a darles el desayuno a los monstruitos.

—¿Ahora te ha dado por llamarlos así? ¿No te dan pena? Angelitos...

—¿Angelitos? Mira, no me hagas hablar, que aquí la única que merece ser beatificada soy yo, ¿vale?

Ethan se marchó, esa vez dándome un beso como Dios manda, en todos los morros, y yo me armé de valor para bajar las escaleras y enfrentarme a aquellos dos. No sabía lo que me pasaba, pero estaba de lo más susceptible, no lo podía evitar.

Para más inri, según entré en la cocina, me encontré con un espectáculo que casi hace que el estómago se me saliera por la boca.

—Rafael, ¿qué estás haciendo?

Vaya si quería yo a ese hombre, pero en ese instante me lo hubiera llevado también por delante, con eso de que les estaba dando a los niños sendos tambores.

Ya entendía yo la risilla socarrona de mi marido, como que encerraba, anda que no encerraba la risilla. Él no les había comprado nada, pero Rafael sí y lo permitió. Me iba a escuchar, me iba a escuchar.

Era un decir, porque lo que íbamos a escuchar a partir de ese instante serían los dichosos tambores, esos instrumentos del demonio cuyo sonido comenzó a retumbar en mi saturada cabecita.

Por el amor del cielo, si no hacía tanto que habíamos disfrutado de nuestra luna de miel, ¿cómo era posible que necesitara de nuevo unas vacaciones?

—¿Te pongo algo, mamá? ¿Un cafecito o algo? —Carla paró un segundo de darle a los palos y me causó la risa. Qué propia ella, como si a su corta edad la fuéramos a dejar manejar una cafetera.

—Me pones de los nervios, hija, y tu hermano también—Me reí.

Capítulo 24



Estaba arreglándome en nuestro baño, después de que el sonido de los tambores definitivamente cesara porque los niños estaban dormidos. Y me sentí en la gloria, esa era la realidad.

Me había comprado un conjunto de ropa interior que era una maravilla, de un negro satinado, con su sujetador *balconette*, su tanga a juego, su liguero, sus medias...

Me enfundé en tan delicadas prendas y me perfumé, después de prestarle también atención a mi maquillaje y a mi peinado, pues me dejé la melena suelta y rematé el *look* con unas ondas delanteras que me hice para la ocasión. Como guinda del pastel, me subí en unos altísimos zapatos de tacón y tiré para la calle, como la Martirio, porque también estaba *atacá*, pero bien *atacá* de los nervios.

Bueno, bueno, cuando digo para la calle, en realidad quiero decir para el exterior del rancho, a la cabaña, que estaría bueno que hubiera yo saliendo así a la calle. Y lo digo porque, con lo nerviosa que estaba, no me di cuenta

de ponerme nada encima por si me cruzaba con Ximena o Rafael. Menos mal que no fue así, pues de otro modo a ese hombre se le habrían salido los ojos de las cuencas.

También se le salieron a mi marido, esa suerte sí que la tenía. Ethan, desde que nos habíamos casado, parecía todavía más fogoso si es que eso era posible.

—*Oh lala' ... ¿De dónde sales así? ¿Te has caído del cielo?* —me preguntó, cogiéndome por la cintura y dándome un intenso beso, según entré.

—Sí, del mismito cielo, soy un ángel de *Victoria's Secret*, ¿no me ves?

—Pero supongo que te referirás al más sensual de todos ellos, porque no hay color.

—Color sí hay, hombre, que algo del bronceado todavía me queda—quise darle una nota de humor al asunto.

—Ven aquí, que te voy a desestresar, pequeña...

—Menos cachondeo, que solo falta que me llames virgencita y eso va a ser que no...

—No, de eso doy fe.

Me dio la risa floja y él se rio también. Cuando aparecía en su cara esa sonrisa picarona de medio lado, yo sí que me lo comería. Y en su caso no

me refiero como a los niños, sino así en crudo y tenía muy claro por dónde empezaría...

Sin embargo, fue él quien me tomó la delantera e hizo que levantara una de las piernas y la colocara en una de las mesas que teníamos en la cabaña. Sin más, se agachó y, con delicadeza, comenzó a retirar el tanga, que era una auténtica monada con unas cintas laterales y unas lazadas que terminó por deshacer, dejándolo caer al suelo.

Una vez que mi sexo quedó expuesto para él, se agachó y comenzó a lamerlo de tal forma que causó mi total estremecimiento, hasta el punto de que bien podía haber prescindido de la música procedente del hilo musical, porque yo había ido dispuesta a ofrecerle el más sugerente de todos los recitales.

—Exquisita, como siempre—volvió a esbozar esa sugerente sonrisa.

—Si me miras así me va a pasar solo con eso, solo con tu mirada.

—Ya, pero si te hago esto, seguro que acelero el proceso—siguió lamiendo y el estremecimiento por mi parte no hizo sino seguir creciendo, al tiempo que con una de sus manos alcanzaba mis senos, entrando en mi *balconette* y comenzando a pellizcar mis pezones, con los que no tardarían en poder rayar cristales.

Lo notó por la súbita humedad que procedía de mi sexo, escapándose y empapando sus dedos.

Cuando Ethan me veía así de excitada le cambiaba la cara y sus dulces facciones se iban transformando en unas más salvajes, igualmente atractivas, pero que daban la señal de alarma de que sus instintos más primarios estaban por salir.

Sus jadeos me indicaron que su grado de excitación estaba llegando a lo más alto, lo que me provocó un orgasmo tan intenso que me contraje por completo, al mismo tiempo que un súbito calor perlaba mi frente de una capa fina de sudor que tampoco lo dejó indiferente.

—Ardiendo para mí, eres la bomba, eres lo que más me pone en el mundo — Él, sí que se refería a ponerse de ponerse. Y no a ponerse de los nervios, como me ponían a mí los dos enanos.

Sin más, me quedé laxa y caí en sus brazos.

—Soy toda tuya—dije con total descaro.

—¿Eso me autoriza a...? —Enarcó una ceja y yo sabía muy bien cuál era el blanco de su mirada aquella noche.

Sin retirar ese sensual liguero, que en nada le molestaba, lo mismo que las medias y los tacones, me di la vuelta y le dejé a tiro la entrada de esa cavidad oscura que tanto le atraía.

Mi corazón subió de revoluciones, acompasándose con el suyo, cuando noté que sus latidos resonaban en su pecho.

—Es, es...perfecto—murmuró mientras acariciaba mi trasero con sus fuertes manos, sabedor de que ese gesto me ponía como pocos en el mundo.

Con elegancia, adopté una postura que lo hacía aún más respingón, mientras su miembro me lo agradeció endureciéndose y engrosándose todavía más.

Ethan estaba, pero que muy bien dotado, por lo que tragué saliva ruidosamente mientras me preparó y más cuando colocó su miembro en la entrada de esta.

De una primera, pero suave embestida, lo tuve parcialmente dentro, si bien hizo falta que me sujetara fuerte por la cintura y que volviera a empujar para que ese estrecho canal pudiera albergar un miembro que competía en dureza con el mármol.

Entrando y saliendo de mí, volvimos a comprobar una vez más la razón de que nuestros sexos parecieran estar hechos el uno para el otro, volvimos a rozar el cielo y volvimos a jadear juntos en un duelo sexual en el que de nuevo ganábamos ambos.

Capítulo 25



El lunes a primera hora de la mañana seguía yo un tanto pocha cuando íbamos camino del ginecólogo.

—Tú dices que no, pero, ¿y si tengo algo malo?

—Mira, cariño, para ti lo único malo sería tener que soportarme a mí y como por alguna extraña razón eso lo llevas bien...—se echó a reír.

—Muy bonito, reírte de tu mujer, que está que se sale del pellejo... Eso está precioso.

—¿Y qué hago, mi amor? ¿Me echo a llorar?

—No, no hace falta, tú, tranquilo que no hace falta y tampoco que digas nada más.

Estaba insoportable, menos mal que el pobre tenía conmigo la paciencia del Santo Job, porque hay que reconocer que otro me hubiera mandado a hacer

gárgaras en esos días.

Muerta de miedo, porque a mí no había quien me quitara de la cabeza que pudiera tener algo malo, allí estaba abierta de piernas subida en la camilla del ginecólogo, que no había nada que me resultara más desagradable.

—Doctor, si voy a palmar, no hace falta que me lo diga despacito y como ni nada, me lo espeta a lo bruto y yo ya, si eso, me tomo una botellita de algo cuando salga de aquí.

—Daniela, me temo que igual no te vas a poder tomar una botellita de nada en una temporada, también te lo digo.

—¿Cómo? A ver, a ver, a mí las cosas me las dice claras y en la cara, que es como hablan las personas de bien.

—Daniela, voy a hacerte una ecografía, pero me da que tú estás embarazada.

—¿Embarazada? Pero si eso no puede ser, es totalmente imposible. Ethan, díselo tú, que a este hombre se le ha ido la chota. Yo no puedo estar embarazada, no hay ni la más mínima posibilidad de que esa tremenda catástrofe... ¡Nooo! —chillé.

—Cálmate, cariño—me pidió él, levantando una ceja como diciéndome que eso de que no existía ninguna posibilidad me lo acababa de sacar yo de la manga. Y no le faltaba razón.

—Eso es, Daniela, cálmate, ¿vale? —me pidió el doctor.

—No y no, no me puedo calmar, joder...

Me faltó patalear y no lo hice porque en tan incómoda postura no me era posible, que si no...

Lo prometo, lo prometo por lo más sagrado. Cuando ese hombre comenzó a extender el gel por mi vientre, yo creí que me daba un patatús. A ver, a mis niños los quería con auténtica locura, pero yo había comprobado que quizás me faltara una chispita de paciencia como madre, eso también era entendible, ¿o no?

El doctor miró a Ethan antes de decir nada. Bien sabía que a mí lo mismo me daba un síncope, porque la noticia que venía no era moco de pavo.

—Pues bien, aquí están—comentó.

—¿Qué? ¿Dos tumores? Ya lo sabía yo, que me moría. Al final esos dos diablejos se van a salir con la suya, podrán estar todo el día dándole al tambor sin que nadie les diga nada. Porque Ethan, tú tienes que reconocer que eres un poco blandito como padre, que yo no es por fastidiarte, pero si te vas a quedar solo con ellos en el mundo, ya puedes espabilar o te cogerán el pan debajo del sobaco, que te lo tengo advertido...

El doctor debió flipar en toda la gama de colores que conociera, porque era imposible callarme, parecía que me habían dado cuerda.

—Daniela, por favor...—me interrumpió ese hombre.

—Un momento, que esto es entre mi marido y yo. Fíjese, con lo guapísimo que es. Ay, Dios mío, Ethan, las lagartas se te van a echar encima en cuanto yo palme y hasta antes si la noticia trasciende. No, llega a un pacto con los medios, no me da la gana de que se sepa ya, no...

El doctor y él, se echaron irremediabilmente a reír.

—Mi amor, cálmate, tú no te vas a morir—me aseguró, apretándome la mano.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Es que ahora eres médico? —le pregunté, encima como si estuviera ofendida.

—Él no, pero yo sí y lo que te digo, Daniela, es que debes calmarte porque vas a ser mamá de nuevo—me espetó.

—No, no, eso no puede ser. ¿Y qué decía de dos? Yo me estoy volviendo loca.

—Pues eso, Daniela, que vas a tener gemelos, dos niños o dos niñas, eso no te lo puedo decir todavía por lo incipiente del embarazo.

—¿Incipiente? Yo lo que necesito es un recipiente, un cubo de potar, que se me está viniendo una cosita muy mala para arriba y encima he desayunado churros.

Ethan aguantaba la risa como podía y yo, lo que aguantaba eran las ganas de soltarle un guantazo, porque la gracia no se la veía al tema por ningún ladito.

—Tranquila, Daniela, que todo va a ir bien, mi amor...

—¿Bien? ¿No te has enterado? Dos, vienen dos cabezones, otros dos cabezones a los que también les gustará la música y estarán ensayando todo el día con los tambores, ahí, dale que te pego con los palos. Yo me tiro por la ventana, ahora mismo llego, me despido de ellos y me tiro por la ventana, no puedo con más música...

—Pero mi vida, ¿tú te crees que nosotros vamos a tener a “Los niños cantores de Viena” al completo? Solo son dos niños más y a nosotros los niños nos encantan.

—¿Nos encantan? ¿Desde cuándo?

—Pues desde siempre, cariño mío, desde siempre. Y si tú ahora no lo ves es porque estás muy estresada, pero yo te prometo que te voy a ayudar a desestresarte todo lo que pueda.

—¿Dándole al “porompompero”? Pues va a ser mejor que no, porque con la puntería que tienes todavía me haces dos más antes de que nazcan estos. Yo voy a cerrar las piernas y no las vuelvo a abrir hasta el día del juicio final, ¿me estás oyendo?

—Como para no oírte, mi vida. Te estoy oyendo yo y también el resto del hospital.

Capítulo 26



...Y llegó el día de Nochebuena, esa reunión familiar en la que soltaríamos la bomba, porque nada habíamos querido decir hasta ese momento. O más bien nada había querido decir yo, que Ethan estaba loco por hacerlo.

En mi caso, y aunque ya había tenido unos días para digerirlo, tampoco es que estuviera todavía para tirar cohetes, pero ya lo iba asimilando poco a poco.

—Mamá, papá, Ximena, Rafael, niños... tenemos algo que contaros—Muy solemne, Ethan me cogió de la mano.

—¿Qué pasa, hijo? —Mi suegra estaba expectante, lo mismo que Ximena.

—Que vamos a ser padres de nuevo, eso es lo que pasa. Y encima de dos cabezones, no os lo vayáis a perder—hice como que me desplomaba encima del plato y Ethan se rio.

—No le hagáis caso, es que la noticia la tiene loca, pero también le resulta un poco estresante.

—Lo ha calcado, me tiene loca, pero loca de verdad—le saqué la lengua.

—Pero, hija, si eso es fantástico, yo no me lo puedo ni creer, ¡vienen dos niños más! —Mi suegra se levantó a darme un beso.

—No, si yo tampoco me lo puedo creer.

—Mamá, ¿voy a tener dos hermanitos más? —Carla comenzó a dar palmas y, por ende, también lo hizo Ethan, aunque el pequeñajo no supiera de qué iba aquello.

—Sí, renacuaja, vas a tener otros dos hermanos, así que de una vez tendrás que echar un poco de formalidad, que papá y yo, necesitaremos que nos ayudéis todos.

—Pero si yo soy la mar de formal, mamá—me aseguró, de lo más sonriente, mientras removía la sopa con el dedo y el otro la imitaba.

—¿Formal? Si eso es formal que venga Dios y lo vea, mi niña.

—Dios ya está en esta casa y nos ha bendecido con otros dos bebés—añadió Ximena, con lágrimas en los ojos.

—Yo no sé si habrá sido Dios o la puñetera cigüeña que se ha despistado, pero el gracioso que tenga la culpita de esto bien podría haberse andado con

más ojo—reliqué.

—Igual los “culpables” —entrecomilló Ethan en el aire—, somos nosotros, ¿no te lo planteas? —se rio.

—Paso de plantearme nada, que bastante caliente tengo ya la cabeza.

—Pues yo estoy encantado con la noticia, hija. Y ya sabes que en todo lo que os podamos echar una mano, no tienes más que pedirnoslo—mi suegro también estaba de lo más entusiasmado.

—Y mientras yo tenga dos manos, a mí no se me van a caer los anillos para sostener niños—se ofreció también Rafael.

—Ay, mamá, yo es que estoy tan contenta, que quiero dar esta noche un concierto para los hermanos, ¿vale?

—No, Carla, hija, con la intención basta, que mamá está un poquito de los nervios y lo mismo las panderetas y los tambores pueden acabar en un sitio que no puedo ni mentar porque corremos el riesgo de tener que correr para urgencias con tu hermano—murmuré entre dientes, porque lo único que necesitaba era que el niño se me pusiera otra vez del color de la túnica del Nazareno.

—Ay, mamá, no seas sosa....

Se levantó de un salto y cogió a Ethan, al que le pilló de sorpresa y por poco va de boca. Lo que hubiera faltado es que le partiera también una paleta y eso me recordó irremediabilmente al incidente de Aitor en Las Vegas.

También todos nuestros amigos se volverían locos de contentos cuando les contáramos lo de mi estado de buena esperanza. Y eso que, a mí, lo de llamar así a ese embarazo me resultaba de lo más irónico, porque la esperanza era lo que había perdido yo, junto con la paciencia.

—Carla, por el amor de Dios, tienes que ser más cuidadosa, que el hermano no es de goma.

—Mamá, tranquila que este sí es de goma. Si el otro día se cayó por las escaleras y ni lloró...

—¿El hermano se cayó por las escaleras?

—Ya te digo que sí, desde el escalón de arriba que rodó y no lloró, este niño está hecho de la piel del Diablo, creo yo—sentenció.

—Pero bueno, ratón, ¿se puede saber de dónde sacas tú esas expresiones? Yo es que me quedo muerta en la piedra, vamos.

—Mamá, elocuente que es una.

Por mi madre de mi alma que esa niña parecía haberse comido un diccionario, yo es que alucinaba. Si es que en el fondo no me podía quejar de nada, porque tenía dos niños preciosos y muy listos, así como un marido que era un bombón con patas, pero a mí el embarazo me había caído regularcillo y no tenía más remedio que quejarme un poco.

No me dio tiempo a decir ni mu, y eso que estábamos en medio de la cena, pero los dos se levantaron y comenzaron a darle a sus instrumentos. A mí los vellos se me pusieron de punta y no precisamente porque tuvieran unas especiales dotes musicales...

Mi niña contaba con muchas virtudes, pero cuando cantaba sonaba algo así como si estuvieran sacrificando a un cochino y el niño es que directamente daba unos berridos que se me metían en las sienes y no había forma de que se me quitaran de la cabeza.

Para colmo, los abuelos, que tenían pasión con ellos, comenzaron a jalearlos y ambos se vinieron arriba. Yo habría pedido la muerte a escobazos de buen grado, pero dado que no era plan de darle la Nochebuena a nadie, aguanté el tirón como buenamente pude.

—Pues ya está dicho, ¿no? —Me abrazó Ethan a la hora de acostarnos.

—Sí, la bomba ya está soltada. Ahora solo falta esperar acontecimientos.

—Todo va a salir genial, estoy segurísimo.

—No mientas, Pinocho. Y si vas a hacerlo y te crece la nariz, te daré dos o tres ideas para que puedas hacer un buen uso de ella—lo miré con ganitas...

Capítulo 27



Día de Reyes, que yo era española y por mucho que estuviéramos en un rancho californiano los de Oriente tenían que pasar por allí, sí o sí.

—¡Mamá, mamá! ¡Han venido los Reyes, han venido los Reyes! —Carla chillaba a pleno pulmón.

—¿Ya han venido? Pues sí que se han dado prisa, pero si a esta hora no deben estar puestas ni las carreteras todavía, mi niña—le dijo Ethan, cuando ella se acercó a la cama.

—Papá, ¿es que no sabes que los Reyes no vienen en coche? Ellos se desplazan en camellos, lo sabe todo el mundo—negó ella con la cabeza.

—Venga, amor, despierta a tu hermano y vamos todos a abrir los regalos.

—Mi hermano ya está liado con los paquetes, ese ha llegado de cabeza—me contó.

—Pero dime que por lo menos esta vez no ha rodado por las escaleras, que aquí no se gana para sustos.

—No, mamá, no ha rodado, corre...

Tampoco es que estuviera yo para correr demasiado, porque llevaba un par de días con unas náuseas matutinas que me estaban matando y que ese día traté de contener un poco para abrir los regalos con los niños.

—¡Mamá, papá! Qué bici más chula...

—¡Y la de Ethan! —balbuceó el pequeño, al que ya se le iba soltando un poco la lengua. Nos hacía muchísima gracia el que se refiera a él mismo en tercera persona como lo hacía.

El salón estaba a rebosar de regalos. Desde luego que los Reyes Magos habían sido más que generosos, pues ver aquella enorme cantidad de paquetes juntos, envueltos en vistosos papeles dorados y rojos, era todo un espectáculo para la vista.

Hablo de esos colores porque también fueron los elegidos por nosotros para el resto de la decoración navideña, a la que nos dedicamos con mimo y que ese mismo día tendríamos que ir quitando, porque las fiestas tocaban a su fin.

—Esto es para ti, mi vida—Ethan, me entregó un regalo que no esperaba, pues yo le había pedido unas cuantas cosas, pero aquella era de su cosecha.

Abrí la caja y me encontré con una gargantilla que era una auténtica maravilla. Se veía que se trataba de una pieza única que él habría encargado para mí. Ethan era un hombre detallista, muy detallista y aquella joya me sacó las lágrimas.

—¿Qué te pasa, cariño mío?

—Es que estoy muy sensible, ya sabes, es por lo de los cabezones.

—Lo sé, bonita, lo sé... Pero también sé que todo saldrá a pedir de boca.

—Muy seguro estás tú...—Yo lo que necesitaba eran mimos y escuchar por enésima vez de sus labios eso, que todo saldría a la perfección.

—Porque lo sé y porque no me asalta la más mínima duda al respecto, ¿o es que todavía no te has dado cuenta de que somos un equipo sensacional?

—Sí, sí que lo somos—le comenté mientras borraba mis emocionadas lágrimas del rostro.

No sabía ni lo que tenía encima, pero el vaivén emocional que me producía el baile de hormonas que se estaba celebrando en mi interior, hacía que me pasara el día de lo más inestable. Tan pronto reía como lloraba y luego el ciclo volvía a empezar. Sería que la vida se abría camino o sería que yo estaba perdiendo definitivamente la cabeza.

Un rato más tarde, siendo como era un día de lo más especial, llegaron mis suegros.

—¡Ya estamos aquí! ¡Tachán! —Abrieron los brazos y yo lo que quise fue pedir socorro a continuación. Incluso tampoco descarté pedir asilo político en algún lugar lejano y no contarle a nadie donde estaba.

—Suegros, por Dios, ¿qué son todos esos paquetes? Que nos vamos a tener que ir del rancho.

—Paparruchas, hija, son dos o tres tonterías para los niños, que sabemos que el de Reyes es un día señalado para ti y por extensión, para ellos.

Eso es lo que habría querido yo, extenderme... Concretamente que se me extendieran las piernas y salir corriendo cuando los renacuajos desembalaron el primero de los regalos.

—¡Sublime! —les soltó Carla.

¿Qué le había pasado a esa niña en la lengua? Yo la veía sentada en la Real Academia Española en el futuro, con su propio asiento, porque no era normal lo que le estaba pasando y esa de Lengua entendía tela.

Tampoco fue normal lo que me pasó a mí y a lo que me estoy refiriendo es al calor que invadió mi embarazado cuerpo.

—Yo os lo aseguro, o devolvéis eso o me muero, es que palmo aquí mismo —les solté horrorizada cuando vi que les habían regalado a los niños una batería, ¡nada más y nada menos!

—Mamá, no, por favor, yo quiero tocar la batería, te prometo que la tocaré en silencio.

—¿En silencio? En silencio me voy a morir yo y os vais a quedar aquí todos, Carla. Lo siento, suegros, pero mis nervios no me lo permiten.

—Hija, de veras que no hemos querido importunarte—los dos estaban con una mala carita...

—No, si no me habéis importunado, me habéis matado.

—No exageres, amor, que no es para tanto. Mírala, si es una batería preciosa—Ethan cogió los palillos y comenzó a tocar mientras Carla y el pequeñajo bailaban.

—Eso, tú dales carrete, cuando la tenemos que devolver, déjame como la mala de la película.

—Ay, mi bella “Maléfica”, si no la vas a poder devolver y lo sabes.

—Que te lo has creído tú, a mí se me han atravesado los ruidos en esta casa y no me van a salir los cabezones por la boca porque a ti te dé la gana. O eso o que me los saquen...

—¿Que te los saquen? ¿Qué quieres que te saquen?

—A los cabezones. Tú eliges, la batería o ellos...

—¿Cómo te van a sacar a los niños? ¿Tú estás loca?

—Pues mira sí, me estáis volviendo loca entre todos. La batería se va...

—¡Nooo! —Ethan junior comenzó a ponerse morado y yo sentí que me fallaban las piernas...

Eso decía yo, ¡nooo! ¡Otra vez no!

Pero sí, el niño se nos fue al suelo. Tal irritación se tomó de nuevo, que dejó de respirar y yo no sabía a qué santo encomendarme para que volviera en sí.

—Que se queda, hijo de mi vida, que la batería se queda, resucita...

Capítulo 28



Lo peor eran los fines de semana, cuando los monstruitos les daban a todos los instrumentos a la vez desde primera hora de la mañana y yo... Yo daba unos berridos que no eran ni medio normales, de forma que el jaleo estaba garantizado.

—Tienen una gracia que para qué—les comentaba Ethan a nuestros amigos cuando hacíamos videoconferencias con ellos.

Todos estaban de lo más entusiasmados con mi barriguita, como ellos la llamaban, cuando lo cierto es que ya habían pasado unos meses y yo me veía más o menos como Moby Dick, la ballena.

La que podía organizarme cuando yo decía ese tipo de cosas era grande y todos nos prometieron que volveríamos a reunirnos cuando los niños nacieran para conocerlos.

—Eso es lo que quiero, que vengáis todos, pero ojito, que esta vez os cacheo cuando entréis, a mí no se me cuela un mafioso en el rancho. Y

Manu, esto va por ti.

Por mucho tiempo que pasara jamás llegaría a entender la maniobra que hizo, que esa sí que fue de película. Suerte que escapamos bien de la boda y encima lo hizo con toda la elegancia, el tío...

—Nada, nada, eso fue un siroco, a cualquiera le puede pasar...

—¿A cualquiera? Todavía me duele el costalazo que tuve que dar para reducir al delincuente ese, que traía una cara de loco que, para qué... Anda, anda, que Dios te lo manda, Manu—se quejó Hugo.

—Yo lo que más recuerdo de la boda es la *pechá* de beber que me di, así que para el bautizo quiero otra barra libre o no voy.

—Barra libre te agenciaste tú de todo, Dylan, a ver si te crees que no nos dimos cuenta de que fuiste el último en salir del convite—le recordó Aitor.

—Pero eso sería porque se me habría metido algo en el ojo, niño.

—No, algo en el ojo se le metió a la camarera, eso sí. En el ojete moreno, como el de Hugo.

—Ya estaba tardando en salir a la palestra el ojete moreno de Hugo—se quejó.

Risas y más risas eran las que vivíamos con ellos cada vez que nos conectábamos en un período dulce de nuestras vidas en el que, sin embargo,

yo seguía de lo más quisquillosa.

—Una cosita, no os vayáis que os vamos a enseñar cómo ha quedado el dormitorio de las niñas—les propuso Ethan.

Cierto, ya sabíamos que los “cabezones” a los que tantas veces me referí serían en realidad “cabezonas”.

—Déjate, déjate, que paso.

—Nada, que no os la quiere enseñar porque dice que allí no pone un pie—Ethan, seguía teniendo santa paciencia conmigo.

—Pues no, porque es una habitación de tortura que me recuerda lo que está por venir. Anda que no nos quedan pañales por cambiar de dos en dos, vamos a flipar—bromeé, que a mí me gustaba cargar las tintas un poquito.

—Y las malas noches y las malas noches—añadió Aitor.

—Niño, tú estás muy gracioso, pues lo mismo te cogemos de canguro para que tengas un primer trabajillo—bromeé.

—Claro, como resulta que Aitor tiene ahora quince años, pues eso.

—Más o menos, más o menos—añadió Carles, quien también se unía a las bromas. Aquel hombre adorable seguía siendo pieza fundamental en nuestras vidas, como el resto.

—Aitor, a ver, enséñame la paleta nueva—le decía yo normalmente para chincharlo—. Anda, mira, si te ha salido la mar de bien...

—No me ha salido, que mi buena pasta me he dejado en el dentista para que quede perfecta.

—Si es que eres mi sonrisa favorita—le soltó Martha y los demás nos reímos por razones obvias.

A petición de todos y por mucho que quise resistirme, terminamos por enseñarles la habitación de las pequeñas, para las que todavía no teníamos nombre.

Quedamos en que, si eran niños, elegía yo y que, si eran niñas, lo haría Ethan. Pues bien, mi marido también tenía su punto cachondillo y cada día me hacía alguna propuesta horrenda que yo desechaba sobre la marcha.

Ese se creía que yo me chupaba el dedo, pero para mí que tenía en mente dos nombres bien bonitos desde el principio, pero que no soltaría prenda hasta que las tuviera en el mundo.

Con la cámara les hicimos un recorrido por todo el dormitorio y es que fliparon.

—¡Arza y toma! Ya se nota que hay pasta, ya—nos soltó Marisa, que abrió los ojos como platos.

—Y gusto y gusto, que Ethan tiene mucho de eso y parte de la decoración es suya—le conté.

—Lo del buen gusto lo dice por ella, ahí donde la veis lo de la falsa modestia no va con mi mujercita.

—Pues claro que no, que una se debe querer, ¿o no, chicas?

—Todas saltaron sobre la marcha y por todas me refiero a las compañeras de los chicos, que a las autoras ya las llamaríamos en otro momento. Hacer una videollamada con todos nuestros amigos a la vez era imposible, por lo que los llamábamos por turnos.

A Janis le encantaría el aire romántico del dormitorio, lo mismo que a Alma y a Carlota y qué decir de nuestra Sarita... Pero lo mismo a Ari y a Jenny les teníamos que escuchar el piquito porque lo vieran un poco cursi. O no, pero ellas con tal de largar por la boquita...

El que no pudo resistirse fue Marcos, que sí lo estaba viendo.

—Muy bonito, pero muy moñas, solo os ha faltado colocar terrones de azúcar, vaya dos...

—Ni caso, que está precioso, ¿a que sí, Andrew? —nos defendió nuestra adorada Laia.

—Lo que tú digas, mi amor, lo que tú digas.

—¡¡Pelota!! —le chilló Marcos.

Capítulo 29



—¡Corre, Ethan, corre! —Salí de la casa a llamarlo.

—¿Mamá? ¿Estás bien? —Carla vino enseguida, porque por mucho que la liara también es justo decir que estaba muy pendiente de mí.

Mi niña era muy buena, tanto que el Ría de Reyes nos había sorprendido poniéndole juguetes hasta a los caballos, no podía ser más noble. Aunque fuera un trasto, que de eso no cabía duda, también era la dueña de un corazón que no le cabía en el pecho.

—No, cariño, muy bien no estoy... Llama a papá.

—Mamá, ¿cuánta agua has tragado? Si se te está cayendo por debajo...

Su inocente cabecita no podía carburar lo que estaba ocurriendo allí, pero yo acababa de romper aguas y ella se agachó para mirar de dónde venía aquello.

—¡Mi niña, es que van a nacer las hermanas, llama a papá!

Ximena llegó en ese momento, alertada por mis gritos.

—¿Qué te pasa, cariño? ¡Ay Dios mío, ya están aquí las niñas! —dijo en cuanto vio el agua en el suelo.

Carla, que ya había echado a correr, se dio media vuelta y volvió.

—¿Ya están aquí? Entonces no hace falta que venga papá, yo quiero verlos, yo quiero verlos...

—Que no, cariño, que es un decir... ¡Tú, corre!

—Ay, yo qué sé...

No la había visto correr nunca tanto. Ethan junior también se acercó a mi lado. Lo malo fue que vino de otra carrera y el patinazo que pegó con el agua procedente de mi interior fue de campeonato.

—El niño, que se me mata el niño—le chillé a Ximena.

—Ay, Dios, que tenemos que conservarlos a todos, ven aquí criatura.

Ethan comenzó a llorar porque se hizo un bollo como un huevo y yo me desquicié de los nervios.

—Le voy a poner una moneda en la frente, bonita—me dijo Ximena.

—Si lo vas a vender ponle un billete, que será un reclamo mejor—ya no sabía ni lo que decía.

—¿Venderlo? Mujer, es para que se le baje el chichón.

—Si es que el niño tiene más bollos que el orinal de un loco, está todo el día en el suelo, lo que debes evitar es que se ponga lila.

Lo que hubiera faltado ya en esos momentos, un numerito con el niño, como si fuera poco con lo que teníamos ya entre manos, un parto múltiple, ahí es nada.

En cinco minutos escuché el trotar de un caballo y era Carla con su padre, que la había montado porque la niña llegó sin aliento hasta donde estaba él.

—¿A ti te parece que es momento para hacer anuncios de *cowboy*? —le solté con toda la mala leche del mundo.

—Cariño, ¿qué te pasa?

—Nada, nada, si obviamos el pequeño detalle de que estoy de parto, de que el niño casi se me mata de un resbalón y la niña medio asfixiada, que viene como un tomate.

—¿De parto? Espera que me bajo de inmediato.

—No, si te parece me subo yo, que igual es lo que estás pensando, como todos los hombres, que para eso tenéis el cerebro de un mosquito.

Se encogió de hombros y entendió que no era yo, que quien hablaba era un demonio que se había alojado en mi interior al lado de las dos niñas.

—Voy volando por el coche...

—Eso es lo que tienes que hacer, volar, que para eso te diste mucha prisa en hacerlas.

Ximena me miró incrédula porque, aunque yo me había pasado todo el embarazo un tanto tiquismiquis, lo que me estaba saliendo por la boca en esos momentos, y sobre todo la forma en la que me estaba saliendo, no le cuadraba.

En cuanto a los peques, logramos que a Ethan no le diera una pataleta de las tuyas y a Carla, tuvieron que reanimarla con dos vasos de agua, que se lo había currado con la carrerita. Los dos me dijeron adiós con la manita y yo hice un esfuerzo por sonreírles.

Digo lo de un esfuerzo porque me costaba Dios y ayuda que no me saliera la mala leche que llevaba dentro.

—Trataré de conducir suave, pero si cojo un bache o algo, házmelo saber.

—Tranquilo, que te agarro por los cataplínes y tú mismo te darás cuenta.

Vive Dios que me salió de lo más natural, se lo dije como me lo pidió el cuerpo. Y lo mejor es que llegado el momento lo habría hecho, tal era el nivel de mala baba que me salía de dentro.

—Allí está pasando algo—me señaló a otro rancho en el que Willy, un granjero amigo, lo paró un momento, saliendo a la carretera.

—Ethan, se me ha puesto una vaca de parto, ¿me podrías echar una manita para llevarla al establo?

—¿Una vaca? A él se le ha puesto de parto una ballena, que soy yo, y te juro que como no te quites de en medio te trago y te escupo en la gran puñeta, como le pasó a Gepetto el padre de Pinocho.

—Perdónala, Willy, vamos al hospital, es que está muy nerviosa.

—Pues ve llamando también a un exorcista y que vaya bien, ¿vale?

Ethan no se atrevió a abrir el pico para reprocharme mi grosería. Bien sabía que no estaba el horno para bollos y que a mí me dolía más por momentos, de modo que cerró la cremallerita de sus labios porque intuyó que angelitos que tratara de pintarme por el camino serían demonios para mí.

—¿No podía estar más lejos el hospital? ¿O es que vamos en zig zag? Porque te juro que no lo entiendo.

—Cariño, lo elegiste tú, ahora no me digas nada y no, voy en línea recta y ya no sé cómo atajar más. Te prometo que para la próxima me compro un helicóptero.

—¿Para la próxima? ¿Tú te has creído que habrá una próxima? ¿Me has visto cara de coneja? Antes de que la haya te prometo que te la corto. ¿Me he explicado con la suficiente claridad?

—Sí, cariño, aunque no sé si sería necesario porque creo que del susto se me acaba de encoger, lo mismo ya ni serviría.

—Ah, no, que tú cumplir vas a seguir cumpliendo, excusas a mí no...

Está claro que, aunque el pobre tratara de animarme con lo que dijera, yo le terminaría soltando una barbaridad de las mías, pero es que no veía la hora de tener a las niñas en mis brazos.

Capítulo 30



Me faltó besar el suelo como el Papa cuando vi la puerta del hospital. Pero sí, como para besar el suelo estaba yo. Si me agacho, me tienen que levantar con una grúa.

Lo que me podía doler aquello no era normal y el sudor perlaba todo mi cuerpo sin excepción, de manera que puse el móvil en modo espejo y yo misma me asusté al verme los pelos, pues llevaba el flequillo que parecía que me había dado un lengüetazo una vaca.

—Ay, Dios mío, qué fea estoy...

Lo que yo no sabía, lo que no podía intuir en ese momento, era que habría un paparazzi apostado en la puerta del hospital. Imposible que se hubiera enterado de que estaba de parto, ni que nos tuviera pinchado el teléfono. Pero la cuestión era que todos los medios se habían hecho eco de que yo daría a luz allí y ese llevaría días de guardia.

—Ethan, ¿habéis venido porque Daniela está de parto? —le preguntó.

—Pues mira, sí, estoy de parto, pero no sorda, así que me lo puedes preguntar a mí. Y otra cosa te digo, te prometo que como me saques una foto con estos pelos, te tragas la cámara, advertido quedas.

El chaval se quedó como el que se tragó el cazo, no podía entender lo que habían escuchado sus oídos, pero yo le sonreí maléficamente para recordarle que ni se le ocurriera.

—Cariño, vas a tener que tranquilizarte o terminarás por enemistarte con todo el mundo—me aconsejó Ethan, después de hacerle un gesto al paparazzi para que no tuviera en cuenta mis palabras.

—¿Enemistarme? La cabeza le arranco a quien se niegue a ponerme la epidural ahora mismo, en cuanto entre. Quiero epidural en vena, pero un chute a demanda, hasta que yo diga.

—Mi amor, por favor, eso lo tendrá que decir el anestesista, que nos van a echar de aquí—ya estábamos entrando en la recepción del hospital.

—Eso lo dijo yo y a ver quién es el guapo que me contradice, que le corto el cuello—le hice la señal y hasta la recepcionista se echó para atrás como temiendo que le echara mano al gznate y le separara la cabeza del cuerpo.

—Ahora mismo llamo al ginecólogo—nos aseguró sin perder un segundo.

El tiempo que estuvimos en el ascensor lo aguantó Ethan callado como en misa mientras yo le apretaba la mano a conciencia, con todas mis ganas,

que para eso a mí me dolía más, muchísimo más... ni comparación. Que se aguantara un poquito.

—Cariño, esto va a ser muy corto, yo lo veo así.

—Y yo lo que veo es que me tiro por la ventana como no llegue el ginecólogo y ordene que me anestesien a mi gusto.

Ethan salió a la puerta a ver si llegaba ese hombre y yo mientras eché un vistazo a la lujosa habitación. Aquel era un hospital de lo más moderno, dotado con todas las comodidades e incluso con ciertas cosas que yo no entendía.

—¿Una pelota? —le pregunté al ginecólogo cuando llegó y me señaló a aquella enorme pelota hinchable que yo había mirado con recelo desde que entré en la habitación.

—Sí, Daniela es un balón de parto y te ayudará a modificar el dolor que percibes durante las contracciones.

—O sea, que puede ser que me duela más—le comenté horrorizada.

—No, claro que no, modificar el dolor a la baja, qué cosas tienes...

—Mira, yo no quiero pelotitas ni tonterías, que bastantes juguetes tienen en mi casa los dos monstruitos. Yo lo que quiero es que me saques ya a estas otras dos y si para ello es necesario que me abras de arriba abajo pues tira, en canal... Me levanté la camiseta y dejé mi enorme panzota al aire.

—No, no es necesario, Daniela. Además, por mucho que se trate de un parto múltiple, las niñas nacerán de un modo natural, te lo digo yo, no hará falta practicar ninguna cesárea.

—¿Natural quiere decir rapidito? Porque a mí es lo que me interesa.

—Natural quiere decir a su ritmo, que no se le pueden pedir peras al olmo.

Otro listillo como mi Carla, con un pico de oro. Pues el pajarito se arriesgaba a que le cerrara el pico y luego le retorciera el pescuezo, dado que me estaban dando unos sofocos de las contracciones que me llevaban los demonios.

—¿Entonces me sugiere que me ponga a botar en lo alto de la pelota? Jesús, esto parece cachondeo.

El ginecólogo era un hombre mayor al que yo hasta ese día había respetado mucho, pero allí comencé a tutearlo y no me acordé de toda su familia y demás porque no los conocía, ya que de otro modo los habría vestido de limpio a todos.

—Un ratito sí, te vendrá bien, en un momento vuelvo a verte.

Me quedé loca mirando aquel balón, que me parecía un cacharro del Demonio, aunque no se le asemejaba, porque ni era rojo ni tenía rabo ni orejas por donde agarrarlo.

—Esto es una chaladura, Ethan, te lo digo yo que he dado a luz antes y no me ha hecho falta ponerme a jugar con pelotitas.

Él se echó a reír un poco y yo entendí.

—Ya, que dirás tú que con pelotitas jugué antes, ¿no? Claro, por eso me veo en estas, pero ten cuidado no sea que salgas escaldado—yo tenía un dolor que me moría, aunque debía reconocer que lo de dar los botecitos aquellos ejercía un efecto calmante, para qué decir otra cosa.

El doctor volvió un ratito después y suerte, porque yo me estaba desarmando otra vez y, si no llega a ser porque al abrir la ventana vi a un señor debajo, tiro la pelota y después me tiro yo...

—Daniela, ya casi estás, ahora sí que te pondremos la epidural, has dilatado mucho.

—Un chute muy grande, ración extra como el chocolate en los helados, os pago lo que queríais. Díselo tú, Ethan, que ahora mismo les haces un Bizum.

Mi marido, que llevaba todo el tiempo intentando reprimir la risa, no pudo sino estallar en carcajadas, lo mismo que el médico. Y tanto se rieron que hasta yo lo hice, lo único es que mi risa daba un miedito nada fácil de explicar.

—Ya, ya, cariño, tranquila, que viene el anestesista.

—Pues espero que venga con una jeringuilla de esas para dormir elefantes, porque como sea una mierda, ya le diré yo por dónde se la puede meter...

Se me fue la lengua con todo y con todos, hasta que por fin respiré aliviada cuando me anestesiaron, y eso que no hubo manera de que me pusieran más, ni siquiera cuando atrinqué al anestesista por la pechera y lo amenacé con mandarle un sicario. Ya hablaría yo con Manu llegado el caso, que ese a la chita callando, telita...

—Mi vida, ya le veo la cabecita a una—me dijo minutos después un emocionado Ethan, que aguantaba estoicamente a mi lado.

—¿Es una cabezona? Ay, madre mía, a ver si tengo dos chinchetas...

—No, es una cabecita preciosa, con una matita de pelo...

—¿Y la otra?

—La otra vendrá detrás, mi amor, la otra vendrá detrás.

Ethan, de lo más amoroso, no podía reprimir las lágrimas...

Epílogo



8 años después...

—¿Se lo dices tú, o se lo digo yo? —me preguntó Ethan.

—¿Quién es ahora el tiquismiquis? Eso es lo que hay que preguntarse.

—Es que el chaval es un total desconocido y se lleva a nuestra Carla a su primer baile de instituto, ¿cómo quieres que esté?

A su padre no le llegaba la camisa al cuerpo y yo es que me partía, lo mismo que Ethan junior, e igual también que Noa e Iria, que fueron los nombres que finalmente le impusimos a nuestras niñas.

Efectivamente, él los tenía pensados desde el minuto uno, pero no me los reveló hasta que tuvimos a las niñas en los brazos y corroboró que iban con sus caritas.

Las gemelas vinieron a completar un hermoso cuarteto con el que se nos caía la baba, a pesar de que también nos salieron de lo más moviditas y barrabasadas hicieron para dar y regalar.

Había momentos en los que eso es lo que habría hecho, regalarlos a todos, pero en el fondo los quería más que a mi vida, igual que a Ethan, que mejoraba como el buen vino.

Esa noche lo que estábamos debatiendo era respecto a los detalles de la salida de nuestra Carla a su primera fiesta, con motivo de su dieciséis cumpleaños.

La niña se había convertido en una muchachita preciosa, que vestía con un estilo impecable y que lucía una sonrisa perenne en su bonito rostro.

—Te lo dije, Iria, que parecería una *influencer* cuando bajara las escaleras— le comentó Noa, por los bajinis.

—Os he escuchado, enanas, y ni se os ocurra subir ahora a probaros todos mis zapatos, ¿eh?

Carla tenía pasión con ellas, lo que no era óbice para que tratara de preservar sus cosas lejos de las diabluras de aquellas dos, que se probaban todos sus zapatos y más de uno se habían cargado haciendo “pases de modelos”. También yo lo había sufrido en mis propias carnes.

En mi caso, no podía parar de reír viendo la escena, porque Ethan estaba de los nervios. Ese hombre, que había vuelto a la gran pantalla y cosechado de

nuevo un increíble éxito con una saga relacionada con un importante despacho de abogados, era en la intimidad un padrazo y un marido de diez.

—Carla, tu padre opina que no conocemos lo suficiente a tu acompañante—
le conté muerta de la risa.

—¿Que no lo conocéis? Papá, James lleva entrando aquí desde que yo no levantaba un palmo del suelo.

—Aun así, no lo conocemos lo suficiente, nunca se llega a conocer lo bastante a los chicos que salen con tus hijas.

—Ni con tus hermanas—añadió el pequeño Ethan, que ese siempre solía estar de acuerdo con lo que su padre objetara en relación con sus hermanas. No ocurría lo mismo cuando la cosa iba con él, que entonces discutía lo que hiciera falta.

Llamaron a la puerta y James entró. El chaval venía guapísimo, de traje de chaqueta informal y nuestra Carla... Nuestra Carla era una princesa en versión moderna, imposible que lucieran más bellos.

—Señor, se la traeré sana y salva a la hora que usted me diga—le indicó a Ethan.

—Dentro de media hora estaría bien...—le respondió él.

—¡Papá! —A Carla le iba a dar algo.

—No hagas caso, chaval, a las doce estará genial—les cerré la puerta antes de que, a Ethan, se le soltara la lengua.

—¿A las doce? ¿Tú te has vuelto loca? Ese chico podría ser un psicópata o peor aún, podría ser un depredador sexual.

—¿Qué es un depredador sexual? —preguntaron las gemelas al mismo tiempo, que esas parecían estar totalmente conectadas.

Le indiqué a Ethan que subiera al dormitorio, pues teníamos una conversación pendiente para que no nos diera la noche y no era plan de hablar de esos temas delante de los niños.

—No le va a suceder nada, te prometo que no...

Por su forma de mirarme, lo intuí. A quien le sucedería algo era a mí, porque el paso de los años no había sino incrementado el deseo sexual que sentíamos el uno por el otro.

Ethan me hizo callar, sellando mis labios con un beso... Un beso con el que me trasladó a los primeros tiempos... A unos primeros tiempos en los que me enamoré perdidamente de él, sin ser todavía consciente de que, aparte del hombre más guapo del mundo, sería también el que mejor sabría amarme.

RRSS

Facebook: [Ariadna Baker](#)

Instagram: @ariadna_baker_escritora

Amazon: relinks.me/AriadnaBaker